Capítulo 8. México

Imaginarios y representaciones sociales. Un estado del arte en México

LIDIA GIROLA
MARTHA DE ALBA

Introducción

El interés creciente en las ciencias sociales de los últimos treinta años por los sujetos, la *agency* o capacidad transformadora de la acción y su significado surgió como una reacción a los determinismos —funcionalistas, estructuralistas o marxistas— que habían dominado el horizonte cultural de las diversas disciplinas. Esto llevó a los estudiosos a investigar sobre los aspectos simbólicos, los significados y los imaginarios y representaciones sociales que construyen el entramado social en el que vivimos. Eso no quiere decir que los componentes materiales del mundo social se dejen de lado, pero sí que no son el único elemento a tener en cuenta.

En México, el surgimiento y desarrollo de esta línea de investigación tuvo su origen en el auge de los estudios culturales, en el incremento de la masa crítica en los estudios urbanos, en la problematización creciente de cuestiones relativas a la educación en diversos niveles, en el conocimiento de los procesos migratorios cada vez de mayor importancia en el país, en una revisión profunda acerca de las identidades, los grupos indígenas y en un sinfín de ámbitos más.

Las investigaciones han tenido, por lo general, un enfoque multi, inter y transdisciplinar, porque reúnen en la mayoría de los casos, aportaciones de la sociología, la antropología, la historia, la psicología social y varias más.

Se pueden distinguir dos ramas igualmente importantes aunque con desarrollos diferentes: las investigaciones sobre imaginarios y los estudios sobre representaciones sociales. Aunque estrechamente relacionadas, no siempre los cientistas sociales han reconocido su diferencia a la vez que su profunda imbricación, lo que permite señalar dos desarrollos que debieran estar conectados.

Sin embargo, para las autoras de este capítulo, es claro que ambas nociones, la de imaginarios sociales (en plural) y la de representaciones sociales, constituyen dos maneras de ver fenómenos íntimamente relacionados. Las representaciones son la forma en que los imaginarios se concretan; y las representaciones sociales son manifestaciones, expresiones, objetivaciones y especificaciones de los esquemas de interpretación de la realidad, a los que se denominan imaginarios y una vía para descubrirlos. Imaginarios y representaciones son dimensiones diferentes e imbricadas de los mismos fenómenos que se intentan explicar.

Si bien el recuento de los avances se hace en este texto reconociendo la separación, es nuestro propósito abonar la idea de que ambos enfoques deben complementarse mutuamente, como se hace en algunos de los trabajos aquí comentados, pero no en la mayoría.

Algo que conviene señalar es que, como todo concepto, los de imaginarios sociales y representaciones sociales son difíciles de definir unívocamente, de una vez y para siempre. Los conceptos en ciencias sociales están cargados de historicidad y temporalidad, o sea que reconocen una historia y una adecuación a los cambios que sufren las sociedades y comunidades disciplinarias en las cuales se generan. Eso es algo que es posible inferir si se estudia con detenimiento la trayectoria de los conceptos de IS y de RS en las ciencias sociales mexicanas. La precisión y la univocidad son aspiraciones de los científicos, pero la propia complejidad del mundo social que estudiamos hace muy difícil alcanzarlas. Así, es posible observar en el desarrollo del concepto de IS en México, que las primeras formulaciones hacían hincapié en el carácter no real, incluso fantasioso del imaginario —en singular—,

mientras que con el tiempo, se planteó que los imaginarios —en plural— son dimensiones de lo real. Los imaginarios pueden ser aspiraciones, proyecciones hacia el futuro, pero básicamente, son marcos o esquemas de significación que estructuran la interpretación del mundo. Primero se pensó que el imaginario era común, e impregnaba la vida social, —al estilo de las mentalidades o cosmovisiones generales— pero después se consideró el carácter múltiple, diverso e incluso antagónico de diversos imaginarios que conviven en una sociedad. Si bien algún imaginario puede ser hegemónico o predominante, eso no quiere decir que sea único sino que, por lo general, y en la medida en que están relacionados con las relaciones de poder imperantes en cada sociedad, que buscan legitimarse, y se modifican a lo largo del tiempo, varios imaginarios constituyen un campo de disputa e incluso proponen, en el mismo momento y en la misma sociedad, visiones diferentes que guían la acción de grupos diferenciados de actores.

El concepto de representaciones sociales en la literatura mexicana remite comúnmente a la teoría de representaciones sociales (TRS) desarrollada por Moscovici (1961/1976), a partir de la actualización de la noción de representación colectiva de Durkheim. Para Moscovici, las representaciones sociales son producciones simbólicas creadas por los individuos, los grupos y las sociedades a lo largo de su historia: creencias, ideologías, mitos, leyendas, estereotipos, prejuicios, opiniones, que circulan a través de diversos modos de comunicación, que van desde las conversaciones cotidianas hasta los medios masivos. Es una forma de conocimiento de sentido común que las personas usamos para lidiar con el mundo, por lo que se encuentran estrechamente vinculadas con las prácticas cotidianas y la acción social. Este conocimiento social es una co-construcción entre sujetos y grupos que comparten un momento histórico y un espacio cultural determinado. En ese sentido, la TRS parte del supuesto epistemológico de que no existe separación o disociación entre el sujeto y el objeto de representación (Castorina, 2015). El objeto se construye socialmente al momento de incorporarlo a nuestro mundo de experiencia y de relación con los otros.

Moscovici propuso estudiar las representaciones sociales a través de la combinación de métodos de observación en una misma investigación,

publicada en *El Psicoanálisis, su imagen y su público*¹ (1961, 1976). Ello se debe al hecho de que, como señala Castorina (2015), la unidad de análisis no son las representaciones sociales existentes en la cabeza de los individuos aislados, ni las realidades externas. La unidad de análisis es el todo formado por un objeto de representación determinado, por sujetos situados en grupos, cuyas prácticas contribuyen a la construcción de dicha representación, en un contexto social e histórico específico.

Los imaginarios y las representaciones sociales se han convertido en referentes teóricos importantes para estudiar los procesos y las producciones simbólicas de la sociedad mexicana. La interrogante que guía este trabajo es saber cómo y de qué modo, ambas perspectivas son usadas en las investigaciones, para estudiar qué temas, y en qué contextos. Al final, se tratará de establecer una relación posible entre ambos conceptos.

Consideraciones metodológicas en relación con el abordaje de las fuentes que sustentan este trabajo.

Proponer un estudio acerca del estado del arte de la investigación sobre imaginarios sociales y representaciones sociales, en un lugar determinado y en un periodo acotado implica, forzosamente, una selección si, como es el caso, se cuenta con una cantidad ingente de materiales de diverso tipo y origen. Por otra parte, también implica, de alguna manera, tomar decisiones tanto teóricas como metodológicas importantes.

Lo que en este texto se va a tomar en cuenta son libros y revistas publicados en México de 1990 a la fecha presente, aunque la revisión no es exhaustiva.

1 Cabe mencionar que la versión de *El psicoanálisis, su imagen y su público* que más se conoce en Francia es la reedición de 1976 en Press Universitaires de France, a la que Moscovici hizo modificaciones importantes. En México se conoce la traducción al español de la edición de 1961, que fue la tesis doctoral del autor.

Si bien se han considerado un número importante de textos, dada su abundancia, obligatoriamente tuvimos que elegir, y fueron dos los criterios principales de selección: la frecuencia con que determinados temas fueron tratados, lo que puede ser un indicador de la relevancia que los investigadores les otorgaron a los mismos; y por otra parte, su accesibilidad. Esto es, en el caso de los libros, que fueran fácilmente accesibles, por Internet o porque habían sido publicados por instituciones académicas o editoriales de prestigio y estuvieran disponibles. En el caso de las revistas, que fueran de acceso abierto y pudieran consultarse a través de repositorios conocidos (Redalyc o Scielo México) o de sus propios sitios en Internet. En otro momento, se incluirá en el recuento a las tesis, siempre y cuando estén en los acervos en línea de las universidades en las cuales se gestaron. Por la escasez de espacio, esto se dejará para más adelante, aunque muy probablemente sea en las tesis donde se pueda observar muy claramente la evolución del interés por los temas objeto de este capítulo. La abundancia de la producción en México impidió que se revisaran pormenorizadamente todos los materiales y lo que aquí se propone es una muestra, lo más representativa posible, del estado de la investigación.² Esa muestra no es aleatoria ni responde a criterios estadísticos, sino que constituye lo que Gilberto Giménez ha denominado, un caso de “ejemplificación sistemática” (Giménez, 2012).

Conviene señalar, antes de abocarnos al objeto específico que nos interesa, que la producción de los investigadores en México, tanto en ciencias naturales como sociales, no siempre se publica en el país. Esto es algo a tener en cuenta, porque muchos, sobre todo los de prestigio reconocido, por invitación de instituciones o publicaciones extranjeras, o por satisfacer los criterios de evaluación del CONACYT,³ envían los resultados de sus trabajos a instancias de publicación del exterior. Si el investigador en cuestión es prolífico, entonces es probable que publique tanto nacional como internacionalmente. Lo único que se quiere resaltar

2 De esa muestra, cuyo análisis detallado será objetivo de una próxima investigación, tan solo se mencionarán en este capítulo, algunos ejemplos significativos.

3 Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, que evalúa y proporciona fondos para investigación en ciencia y tecnología, y del cual depende el Sistema Nacional de Investigadores.

aquí es que algunos de los textos más importantes en torno los imaginarios y las representaciones sociales, en distintos campos temáticos, producidos por investigadores en México, se han publicado fuera del país.⁴ Esto puede imprimir un sesgo en cuanto a los resultados considerados en este trabajo, ya que si bien intentamos abordarlos, en muchos casos los materiales no son fácilmente accesibles, justamente por haber sido publicados en libros o capítulos de libros en el exterior. En cuanto a los autores relevantes en el desarrollo de la temática en México, se han seleccionado tan solo a algunos, de los cuales se menciona alguna obra por su importancia en el desarrollo posterior de la investigación en México. De los libros, mencionaremos preferentemente algunos que han sido editados en el país. Por otra parte, en el caso de las revistas científicas mexicanas, sobre todo las que figuran en los principales índices y bases bibliográficas internacionales como Scopus, WoS, Scielo y Redalyc, hay que considerar que reciben cada vez más propuestas de artículos provenientes del extranjero; es importante indicar que sus textos sobre imaginarios y representaciones sociales pasan a formar parte del acervo de conocimiento con que se cuenta en el país, ya que son leídos y muchas veces citados por los investigadores nacionales, por lo que sus materiales forman parte de la muestra, aunque no sean nativos.

Los autores y libros sobre imaginarios sociales

La discusión sobre la problemática de los imaginarios tuvo una importancia creciente en México a partir de la década de los años ochenta del siglo xx.

4 Es el caso de algunos de los autores que más han tratado el tema de los Imaginarios en México: Daniel Hiernaux, de la Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa, y actualmente en la Universidad de Querétaro; Alicia Lindón, de la Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa; y Abilio Vergara de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH); y de los que más han publicado en Representaciones sociales, como Martha de Alba, con publicaciones en Brasil, Costa Rica, España, Francia, Canadá. Y de varios otros, que no vamos a mencionar aquí.

Aunque los referentes teóricos a partir de los cuales los investigadores se han acercado a la temática son variados, y las vías del acercamiento dependen de la trayectoria personal, algunos claramente son comunes: las obras de Castoriadis, Gilbert Durand, Maffesoli, Sartre, Lacan, Baczko, LeGoff, y de América Latina, los textos pioneros de Armando Silva, y posteriormente los de Manuel Antonio Baeza, nutrieron el pensamiento en México. Los orígenes disciplinarios de los principales autores en México también son diferentes: la antropología, la filosofía, la sociología, la geografía humana y los estudios culturales. Los trabajos mexicanos en su mayoría se publicaron desde la década de los años noventa y tuvieron un auge especial en los primeros años del siglo XXI. A pesar de la abundante producción, es un sentimiento compartido por varios de los investigadores consultados que, en la década actual, el interés por los imaginarios sociales parece estar un poco “apagado”; y otros temas han cobrado impulso actualmente, como el de los estudios sobre cuerpo y emociones a los que también se han ligado estudios sobre los imaginarios correspondientes. Numerosos jóvenes investigadores se están dedicando a estudiar imaginarios sociales en diversos ámbitos actualmente y esto podría conducir, quizá, a un refloreCIMIENTO de las publicaciones.

En la historia del concepto y los descubrimientos ligados al tema de los imaginarios en México, algunos autores destacan por su producción, que se plasmó tanto en artículos como en libros, como en su papel como asesores de investigaciones y directores de tesis de licenciatura y posgrado.

Entre ellos, y solo para mencionar a algunos: Néstor García Canclini, Daniel Hiernaux, Alicia Lindón, y Abilio Vergara Figueroa.⁵ Un análisis detallado de sus libros y su obra en general, requeriría de un espacio mucho mayor que no se tiene en este capítulo. Por eso, simplemente se hará mención de sus líneas temáticas principales y algunos aportes sustantivos que percibimos en ellos, a sabiendas de que la

5 Otros autores tienen una obra importante en este campo, pero mencionarlos a todos, y hacer un recuento de sus aportaciones en todas sus obras, es una tarea que no es posible realizar aquí pero que queda pendiente.

profundización en los temas y hallazgos más sugerentes, es una tarea aún pendiente.

Néstor García Canclini un investigador con una amplia trayectoria en México, América Latina y Europa, es líder intelectual de un grupo de investigadores, dedicados fundamentalmente a los estudios culturales, grupo multidisciplinario que está asentado principalmente en la Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa, de la Ciudad de México. Parte de su trabajo ha estado dedicado al estudio de los imaginarios, sobre todo, a los imaginarios urbanos en relación con la cultura, los procesos comunicacionales y su incidencia en la forma de concebir/imaginar las sociedades actuales y la globalización existente en América Latina.

Ejemplo de ese trabajo conjunto que García Canclini ha desarrollado, entre otros, es el libro *Cultura y comunicación en la ciudad de México* (1998), en el que destacados investigadores abordan aún sin mencionarlo explícitamente en todos los textos, el tema de los imaginarios urbanos, del estilo de vida, de las identidades multiculturales, de los ritos urbanos y de la protesta.

García Canclini discute acerca de las características de la ciudad de México, donde coexisten distintos imaginarios en conflicto: el de la industrialización beneficiosa, el de los urbanistas y empresarios, el de los migrantes de provincia, los exiliados extranjeros, los grandes centros internacionales de servicios. Y se pregunta ¿por qué la capital mexicana propicia imaginarios nefastos? La ciudad producida es diferente de la ciudad imaginada y de la ciudad utópica, que la realidad muestra como imposible de alcanzar y tan siquiera, para algunos sectores, de imaginar; su discusión es muy sugerente, porque muestra cómo la ciudad se globaliza para una elite, mientras que los demás viven una modernidad deficiente, por el tránsito, la mugre y la degradación urbana (García Canclini, 2003).

Su libro *La globalización imaginada* (1999) sentó las bases para estudios posteriores sobre el papel de las narrativas y las metáforas con las que se imagina la globalización. Aunque sin un desarrollo conceptual exhaustivo del concepto de imaginarios, la temática permea toda la obra. García Canclini señala que:

La globalización puede ser vista como un conjunto de estrategias para realizar la hegemonía de macroempresas industriales, corporaciones financieras, *majors* del cine, la televisión, la música y la informática, para apropiarse de los recursos naturales y culturales, del trabajo, el ocio y el dinero de los países pobres, subordinándolos a la explotación concentrada con que esos actores reordenaron el mundo en la segunda mitad del siglo xx. Pero la globalización es también el horizonte imaginado por sujetos colectivos e individuales, o sea por gobiernos y empresas de los países dependientes, por realizadores de cine y televisión, artistas e intelectuales, a fin de reinsertar sus productos en mercados más amplios. (1999).

El autor enfatiza que él no identifica imaginario con falso, sino más bien con la capacidad de imaginar lo que no se conoce, o lo que no es, o lo que aún no es. En otras palabras, lo imaginario remite a un campo de imágenes diferenciadas de lo empíricamente observable. En una entrevista publicada en la revista chilena *EURE* vol. 33, n.º 99 (2007),⁶ García Canclini señala que los imaginarios remiten más que a un hecho acotado, a una problemática, y que si bien tiene un componente subjetivo —los que imaginan son sujetos—, esa subjetividad está organizada socialmente. Y por lo tanto, los imaginarios cambian en la medida en que cambian las condiciones de su construcción. Por ejemplo, si en México en la década de los años noventa los imaginarios urbanos versaban principalmente sobre el tamaño de las ciudades, el gigantismo urbano, la oposición entre centro y periferia, ya en la primera década del nuevo siglo, los ejes cambian: la seguridad o inseguridad, el miedo, la migración. Y señala que los imaginarios, por un lado, son investigables con instrumentos cuantitativos que alcanzan un cierto grado de rigor. Por otro, requieren también un análisis no solo explicativo sino interpretativo, con recursos propios de los estudios culturales.

6 Entrevista de Alicia Lindón a Néstor García Canclini “Diálogo con Néstor García Canclini ¿Qué son los Imaginarios y cómo actúan en las ciudades” *EURE* vol.

Daniel Hiernaux es uno de los autores más prolíficos en el campo, con más de 25 materiales publicados, tanto en México como en el extranjero, cuya obra muestra un desarrollo sugerente tanto en el ámbito de la discusión teórica como de los imaginarios urbanos y del turismo. Sus primeros referentes fueron Maffesoli, Gilbert Durand, Castoriadis y Sartre, y posteriormente Armando Silva. Al comienzo de su carrera y en la actualidad, Hiernaux trabaja sobre las políticas acerca del turismo y sus imaginarios subyacentes —por ejemplo en la designación de “pueblos mágicos” otorgada a ciertos pueblos de México y los impactos que esto tiene en la vida cotidiana de sus pobladores y visitantes—. Ha formado equipo con el arquitecto Eloy Méndez Sáinz, las geógrafas Liliana López Levi y Carmen Valverde, para el estudio de los imaginarios de las nuevas formas arquitectónicas, y los imaginarios del turismo, publicando sus contribuciones en libros sobre los pueblos mágicos de México y en la revista *Topofilia*.

Una parte medular de su obra se centra en los imaginarios urbanos: ¿por qué la gente se fue a la periferia?, ¿cómo ven a la ciudad los distintos sectores de la población?, ¿existe uno o son varios los imaginarios sociales en pugna que disputan su hegemonía en la ciudad? Y analizó el fenómeno del “retorno al centro” al que se ve como lugar de visita o lugar habitable.

Hiernaux organizó, junto con otros investigadores, dos grandes reuniones en la Ciudad de México, en la Universidad Autónoma Metropolitana, en la década de los años dos mil, a una de las cuales asistió Armando Silva.

Ha publicado numerosos artículos en revistas mexicanas y extranjeras. Su colaboración con Alicia Lindón ha producido una obra fundamental para conocer el desarrollo de la temática de los imaginarios sociales en México.

Alicia Lindón, ha desarrollado sus ideas de manera muy consistente también a nivel individual, y su obra destaca por la solidez conceptual que muestra en ella, con referentes comunes a los demás investigadores, como es el caso de Castoriadis, pero también con influencias claras de Sartre, Raymond Ledrut, Tuan Yi-Fu y Hélène Védryne y, como una manera de enfatizar la importancia del enfoque fenomenológico en el estudio de los imaginarios, la obra de Manuel Antonio Baeza.

En 2006 publicó, en coordinación con Miguel Ángel Aguilar y Daniel Hiernaux, el libro *Lugares e imaginarios en las metrópolis*, donde analiza los imaginarios suburbanos, uno de sus principales temas de investigación.

En un número de la revista *Iztapalapa* titulado *Imaginarios urbanos de la dominación y la resistencia*, de 2008, que fue en realidad como un libro colectivo sobre el tema, y que Lindón coordinó, aclara cuáles son desde su perspectiva las diferencias fundamentales entre imaginarios y representaciones sociales. Los primeros tienen un mayor nivel de generalidad y abstracción, y son “impregnantes” de mayor grado que las representaciones, a las que sin embargo, y a diferencia de lo que sostenemos las autoras de este capítulo, considera como reflejo simbólico de lo material.

En ese texto, Lindón señala que los imaginarios constituyen “un patrimonio de ideas y de imágenes mentales acumuladas, recreadas y tejidas en una trama, por parte del individuo en el curso de su socialización, es decir, a lo largo de su vida, ningún individuo elabora estas construcciones de sentido aislado de los otros, sino en diálogo y en interacción con los otros, es decir, intersubjetivamente, y valiéndose de herramientas socialmente construidas, como es el lenguaje” El imaginario expresa la realidad de lo posible, a la vez que remite al orden del mito en tanto figura organizadora de la realidad social. Tomando como base la obra de Castoriadis (1993b) dice que los imaginarios son un fenómeno social colectivo, y al mismo tiempo son individuales, y enfatiza la diferencia, ya planteada por Castoriadis, entre imaginarios y representaciones sociales. Otro de sus referentes es Raymond Ledrut (1987), en el sentido de que “los imaginarios no son representaciones, sino esquemas de representación. Estructuran en cada instante, la experiencia social y engendran tanto comportamientos como imágenes reales”. (Lindón, 2008b, p. 41).

Como su interés radica principalmente en los imaginarios espaciales, en una de sus últimas publicaciones, el libro *Geografías del Imaginario* (2015), que coordinó con Daniel Hiernaux, señala que “el interés que revisten los imaginarios espaciales radica en que le otorgan inteligibilidad al mundo desde un ámbito de la vida social frecuentemente soslayado, como es el de la subjetividad espacial. Los

imaginarios espaciales configuran y distribuyen entre los sujetos que habitan los lugares, instrumentos de percepción y comprensión del territorio, produciendo así sentidos específicos acerca de [...] los lugares en sí mismos”.

Lindón discute la visión de la geografía que asocia lo espacial con lo dado, lo material, lo exterior, que puede ser estudiado como cosa, desde afuera, y señala que existen tendencias actuales en el pensamiento geográfico que intentan romper con esa visión, para lo cual ponen en relación la vida cotidiana, las percepciones subjetivas, los imaginarios sociales y el espacio.

Son de destacar sus trabajos entorno a los imaginarios suburbanos y de los sectores de clase media y populares, sustentados en una consistente investigación empírica, en el Valle de Chalco, por ejemplo.

En *Imaginarios: horizontes plurales*, un libro que coordinó en 2001, Abilio Vergara⁷ reunió una serie de trabajos sobre el tema de imaginarios, algunos de autores mexicanos y otros, extranjeros.⁸ En el primer capítulo, Vergara estudia las tradiciones investigativas con las que se relaciona y enriquece la problemática. Parte de distinguir entre imaginario, relacionado con la cultura colectiva, e imaginación, que es una facultad o característica eminentemente subjetiva, ligada con la fantasía.

La fuerza del imaginario radica en que construye una atmósfera “mental colectiva que posee luego una cierta fuerza de coacción u obligación” (Jerôme Monnet, 1993, p. 10). En el desarrollo del concepto, Vergara reconoce la influencia crucial de Gilbert Durand, que lo diferencia de la memoria —pues lo imaginado y lo rememorado no son lo mismo— y también lo diferencia de lo fantasioso y engañoso.

Un elemento común en la obra de varios de los autores cuya obra se analiza aquí, es el señalamiento de que la diferencia habitual, tanto en el pensamiento vulgar como en el científico, entre lo imaginario y lo real, está mal planteada. Entre otras cosas, porque lo real es una

7 Actualmente profesor en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) en la capital mexicana.

8 Marc Augé, Michel Maffesoli, Armando Silva entre los extranjeros y Ernesto Licona, Miguel Ángel Aguilar, Raúl Nieto y Mónica Cinco, José H. Fuentes Gómez, los mexicanos.

construcción con diferentes niveles o dimensiones: lo material, lo psíquico y por supuesto, lo simbólico.

Para Vergara, “el imaginario social se muestra como un factor efectivo de control de la vida colectiva e individual, es decir, es un factor de ejercicio del poder (pp. 13-14), es el lugar de los conflictos sociales y al mismo tiempo, cuestión que está en juego en esos conflictos”, y “es por ello que uno de los objetivos centrales de quienes poseen el poder es ejercer su control, tanto de su reproducción como de su difusión”, y cita a Bronislaw Baczko (1991, p. 30), quien dice que “una de las funciones de los Imaginarios sociales consiste en la organización y el dominio del tiempo colectivo sobre el plano simbólico”.

Los imaginarios se constituyen así en una potencia para la acción y también en un pesado fardo que puede ser utilizado por la maquinaria del poder.

Es importante señalar entonces que, para Vergara, tanto las relaciones y el juego del poder, como la dimensión temporal, son elementos constitutivos y espacio de confrontación de los imaginarios. Poder, tiempo e imaginarios están en relación permanente en la vida social.

Los objetivos de este autor en el primer capítulo del libro son relacionar los aportes de la historia de las mentalidades, la teoría de las representaciones sociales y las teorías del imaginario, como una forma de comprender la producción simbólica y su papel en la construcción del mundo social. Las tres perspectivas convergen en el sentido de que si bien consideran, unas más que otras, el poder de las estructuras en el condicionamiento de la vida social, resaltan la dimensión inmaterial, dinámica y procesual de la condición humana, articulando procesos individuales y colectivos, y otorgando, por lo tanto, un papel crucial a lo imaginario y a las representaciones en la construcción del mundo social. Vergara hace una diferenciación importante:

La historia de las mentalidades se desarrolla bajo las categorías fundamentales del tiempo y el consenso, mientras que la teoría de las representaciones sociales da prioridad a la praxis y las interacciones cotidianas o rutinarias asociadas a formas de concebir lo real. En ambas perspectivas es fundamental el papel sobresaliente del sentido común como esquema productor de la realidad [...]

Las teorías de lo imaginario enfatizan la capacidad creativa de la imaginación...que se vincula a todas las actividades del quehacer humano, incluida la ciencia. (Vergara, 2003, p. 16).

Podríamos entonces decir que la historia de las mentalidades enfatiza la presencia, en una sociedad y época determinadas, de un núcleo impersonal común de pensamiento, que comparten todos sus miembros, y que dota de sentido a su manera de vivir. Que la teoría de las representaciones sociales estudia los lugares comunes a través de los cuales las personas construyen su mundo de interacción, y que las teorías de lo imaginario tratan de encontrar los fundamentos a esos lugares comunes y a los núcleos organizadores del pensamiento en cada sociedad, resaltando el hecho de que no hay un único núcleo generador, ni un sentido común homogéneo, sino que esos supuestos imaginarios son múltiples: los hay dominantes hegemónicos/dominados o subalternos; contrapuestos o en conflicto; de subculturas y grupos.

En el caso de las teorías de lo imaginario, Vergara resalta la importancia del pensamiento de Gilbert Durand y Cornelius Castoriadis, Stéphane Lupasco y Gaston Bachelard, por mencionar a los más destacados y conocidos. De Jean Duvignaud, Michel Maffesoli y Jacques Lacan, Vergara retoma la idea de que la imaginación tiene el poder de instituir lo real, y especialmente del primero, que lo imaginario es un espacio de dinamismo excepcional, una esfera de transformación intensa de la significación social. De Le Goff, retoma la idea de que lo imaginario interactúa en tres campos: el de la representación, lo simbólico y lo ideológico. Para Vergara, Lacan aborda la problemática del imaginario articulándolo a lo simbólico y lo real; lo simbólico integra al individuo con lo cultural y lo imaginario a la relación con otros humanos, con la otredad. En todos los casos, el imaginario opera como un conjunto de esquemas generadores que estructuran lo real.

En esta misma línea, en *Horizontes teóricos de lo imaginario*, publicado en 2015, el autor continúa su análisis tanto de la teoría acerca de las mentalidades, como de las representaciones sociales y sobre todo, extiende y profundiza su estudio de las teorías de lo imaginario, y su relación con lo simbólico y especialmente con la ideología.

La historia de las mentalidades se interesa en las cosmovisiones comunes a una sociedad en un determinado periodo de la historia, cosmovisiones que tienen diversos estratos y una transformación lenta. En cuanto al imaginario, las fuentes en las que abreva el pensamiento de Vergara enfatizan su poder creativo y proyectivo; el imaginario no se refiere a “algo”, no “representa”; su presencia se reconoce a partir de sus “efectos” en la vida cotidiana —las representaciones, los anhelos, las utopías, las proyecciones—. Retomando tanto a Castoriadis como a Edgar Morin, Vergara señala que lejos de ser algo irreal, el imaginario está en la raíz misma de todo lo que se instituye o crea. (2015, p. 75); “es algo que no está para representar otra cosa, sino que es condición operante de toda representación ulterior” (Castoriadis, 1985, p. 199 citado por Vergara, 2015, p. 78). El enfoque de Gilbert Durand, por su parte, articula lo social con lo psicológico y pretende ampliar el campo de colaboración interdisciplinaria en las ciencias humanas. De Gastón Bachelard, Vergara retoma su definición de imaginario como algo complejo compuesto de varios niveles, incluso opuestos. Plantea que “si el Imaginario se relaciona con lo real (como sinónimo de lo que se considera lo objetivo) de manera constitutiva y lo real es también una construcción continua, podemos también conceptuar al Imaginario como un órgano de conocimiento, posibilitándonos reubicarlo frente a la concepción racionalista que lo concibe alejado de la verdad, fantástico, o solamente reproductivista o memorioso” (Vergara, 2015, p. 94).

Siguiendo esta vía, y apartándose un tanto de los autores con rai-gambre en el psicoanálisis, la antropología filosófica y la lingüística, las referencias a Bronislaw Baczko permiten una lectura del imaginario como un campo de disputa porque, entre otras cosas, dice Vergara, su intervención condiciona fuertemente la definición de la situación, y no solamente al nivel de las interacciones interpersonales o de carácter microsociológico, sino a los diferentes niveles del poder. “Todo poder apunta a tener un papel privilegiado en la emisión de los discursos que conducen a los imaginarios sociales, del mismo modo que busca conservar cierto control sobre los circuitos de difusión” (Baczko, 1991, pp. 30-31).

Vergara es uno de los autores que, en México, más ha trabajado la teorización acerca de los imaginarios, para lo cual revisa las

formulaciones de muchísimos pensadores para establecer la relación entre imaginario, mentalidad, ideología, símbolo y representación. Sin embargo, en la medida en que las corrientes teóricas de las que abreva su pensamiento son tan variadas pareciera que el uso de uno u otro término obedece a las escuelas a las que pertenecen los investigadores y a su objeto de estudio, más que a una clara diferenciación conceptual consensuada por todos. Vergara llega a la conclusión de que “la ideología, es un elemento, un momento y una forma —elaborada— del imaginario”. O de que la mentalidad refiere más bien a una época, a un grupo social, con lo que tiene una amplitud mayor que el término ideología, está más ligada con los discursos del poder de diversos grupos sociales; el imaginario es algo más abstracto y general, que abarca a todos los otros términos, con los que se relaciona de una u otra manera. Pero no logra romper, a pesar de proponérselo, con la tradición que asimila imaginación —lo fantástico e irreal— con el imaginario. De cualquier manera, su pormenorizada y sumamente meticulosa revisión de estas redes conceptuales, amerita una lectura igualmente cuidadosa de su obra.

En 2015 la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) publicó una colección de varios tomos, *Los mexicanos vistos por sí mismos*, en los que se abordaban diferentes problemáticas acuciantes de la sociedad mexicana. En algunos de ellos, la mención a los imaginarios sociales es expresa, si bien no queda clara la diferencia entre imaginarios y representaciones sociales, que para nosotras es muy importante. Por el volumen de la obra, aquí solo deseamos hacer mención de ella, pero su análisis pormenorizado queda para una próxima ocasión.

El estado del arte en las revistas: una primera aproximación

Si bien es habitual considerar fundamentalmente las revistas publicadas por las instituciones académicas más destacadas ubicadas en las ciudades más importantes (Ciudad de México, Guadalajara y Monterrey), uno de los hallazgos de la investigación es que se publican artículos sobre imaginarios sociales en muchas revistas en todo el

territorio mexicano, si bien con características muy diversas: algunas publicaciones son reconocidas nacional e internacionalmente, tienen alto factor de impacto y son un referente para las distintas disciplinas. Otras, producto del esfuerzo de instituciones de provincia o asociaciones, no figuran, al menos por ahora, en el Sistema de clasificación de revistas científicas del CONACYT, no todas tienen versión en línea, muchas son de reciente creación, su objetivo disciplinar es amplio y su ámbito de competencia y difusión es preferentemente nacional. Sin embargo el abordaje de la problemática en torno a los imaginarios es en ellas, por lo general, solvente. O sea que hay una gran variedad y disparidad en las revistas consideradas. Algo a tener en cuenta, es que, en el campo de las ciencias sociales, no se aplica la ley de Bradford, que sí tiene validez en el campo de las ciencias naturales: la ley dice que para enterarse de lo más importante que sucede en un área científica determinada, basta con consultar las revistas más destacadas, indexadas internacionalmente y con alto factor de impacto, ya que la consulta de todas las demás, aparte del gran número de publicaciones que habría que considerar, no aportaría modificaciones sustantivas al conocimiento en el área, por el escaso número de artículos por revista.⁹ Por el contrario, lo que se pudo constatar al revisar artículos sobre el tema de los imaginarios en México, es que aún en revistas con escasa difusión, a veces se publican textos sumamente sugerentes para la cuestión que nos ocupa. Esto puede deberse al escaso número de revistas con calidad internacional existentes en México, frente al gran número de revistas que se publican en el país, o a que los autores publican donde pueden, y no donde querrían.

Lo que aquí se va a revisar son publicaciones en ciertos ámbitos disciplinares en los que se han encontrado más casos: las ciencias sociales y humanidades en general —sociología, antropología, psicología, psicología social—; historia, demografía, arquitectura y urbanismo.

9 Esto ha llevado, a partir de los índices creados entre otros por Eugene Garfield, a considerar que la ciencia más importante, los resultados más destacables, pueden encontrarse en un número reducido de publicaciones, que conforma el conocimiento llamado “de corriente principal”, y a desestimar el resto de las publicaciones u otorgarles una baja calificación.

Se dejarán de lado la filosofía, la música, la medicina y otras disciplinas donde si bien el desarrollo de la temática cuenta con algunos casos, tomarlas en consideración hubiera ampliado tanto el campo de la investigación que lo haría inmanejable.

De un universo de aproximadamente 134 revistas, se consideraron 41, por presentar el mayor número de artículos que incluían el término “imaginarios sociales” o similares en sus títulos o en sus resúmenes.¹⁰ De estos artículos, se revisaron a texto completo 70. De esa revisión, surgen varios datos importantes:

1. El término imaginario/s, con su adjetivo social/es, o algún otro, es utilizado con una multiplicidad de significados, muchas veces no haciendo distinción entre imaginarios y representaciones sociales, y tomando como sinónimos imaginario, ideación, creencia, valores, ideología. Imaginario es utilizado muchas veces como “concepto paraguas”, como señalan dos de los investigadores más destacados en el tema,¹¹ en el que caben o pueden cobijarse muchas acepciones distintas, matices e incluso contradicciones. Por otra parte, muchas veces el término imaginario/s aparece mencionado pero no desarrollado ni analizado.¹²

10 Sabemos que muchos textos no mencionan la palabra “imaginarios” en sus títulos o en sus resúmenes pero la problemática está presente en sus contenidos, y también, que muchos artículos que lo mencionan en sus títulos en realidad lo desarrollan poco. Pero hilar tan fino, a estas alturas de la investigación, era una tarea que superaba nuestras posibilidades en este capítulo.

11 Daniel Hiernaux y Alicia Lindón lo plantean en relación con los imaginarios urbanos: “...la referencia a los imaginarios urbanos se ha constituido en una expresión paraguas bajo la cual se pueden cobijar planteamientos muy heterogéneos” (Lindón y Hiernaux, 2008, p. 8)

12 Una característica del pensamiento social en México, que no sabemos si está presente en otras comunidades disciplinarias, es que existen lo que podríamos denominar “modas conceptuales”, que reflejan intereses transitorios, es decir, términos o problemas que comienzan a utilizarse en determinado momento, y conforman tendencias temáticas, sin que por ello en todos los casos, se construya un acervo de explicaciones profundas sobre la cuestión. A partir de fines de los años noventa del siglo pasado y crecientemente en la primera década de este, el término Imaginario ha sido uno de esos “conceptos de moda”, que si

2. Pueden identificarse dos estilos o formas de encarar el abordaje de los imaginarios en los textos consultados: los de corte ensayístico-filosófico, con mayor o menor desarrollo conceptual y de comentario de autores; y los más atentos a referentes empíricos, esto independientemente de las temáticas abordadas.
3. Las metodologías utilizadas son en su mayoría, aunque no exclusivamente, de corte cualitativo, privilegiando los análisis interpretativos frente a los causales. Las perspectivas hermenéuticas son propias de los estudios que se dedican a tratar de comprender los significados de la acción humana, el papel de lo simbólico y sus manifestaciones en imágenes y discursos y, por lo tanto, los investigadores consideran que son especialmente adecuadas para el estudio de los imaginarios.
4. Perspectivas multidisciplinarias y multiparadigmáticas: el estudio de los imaginarios no se hace, por lo general, desde una sola disciplina. El investigador puede provenir de un ámbito disciplinario determinado, pero el tema lo lleva a considerar aspectos variados.
5. Se encuentran artículos de corte predominantemente teórico, donde se analiza la obra de uno o más autores —los más citados son Castoriadis, Gilbert Durand, Maffesoli, pero también Taylor, Durkheim, Pintos, Bourdieu, Caillois, Lacan, Baudrillard, Sartre, Baeza— (12); en otros artículos el análisis de autores sirve como marco de referencia para el tratamiento de una cuestión concreta —lo que altera el conteo—; los referidos a imaginarios urbanos (15); imaginarios sobre el indio, y consecuentemente, imaginarios del racismo; imaginarios de las etnias indígenas de México (9); imaginarios de la migración (9); imaginarios sobre la nación (México) (5); imaginarios del cuerpo, el amor y el género (5); imaginarios en el terreno de la educación; imaginarios del conflicto —en el ejido, en la educación, en la protesta social, en la violencia—; imaginarios

bien a veces es desarrollado y profundizado, en otras ocasiones es utilizado precisamente como un “concepto paraguas”, bajo el que todo cabe.

tecnológicos y de la ciencia (4); imaginarios de la pobreza; de la modernidad o de la posmodernidad; del miedo; del consumo; del confort; de la seguridad.

Veamos cuáles son las ideas predominantes en cada uno de los temas:

1) En el caso de los artículos de corte teórico-ensayístico, de comentario de autores, se encuentran esfuerzos por la clarificación y profundización en cuanto al significado de los imaginarios. Así, por ejemplo, se enfatiza la tensión entre lo natural y lo artificial, se discute el carácter simbólico o biológico de la imaginación, la potencia de la imaginación como capacidad constitutiva del ser humano y la relación entre mito e imaginario (Tafoya, 2012; Reyes Ventura, 2012; Castro, 2012; L. Garagalza, 2012). Enrique Carretero, en dos artículos publicados en sendas revistas mexicanas, profundiza en la relación entre imaginario y legitimación de la dominación en las sociedades actuales. Señala los antecedentes imprescindibles (Durkheim, Durand) en la conceptualización del doble papel de los imaginarios, como elemento de legitimación del orden social utilizado desde los sectores dominantes, y como posibilitador de la transformación social, al reaccionar contra la realidad social existente y proponer una utopía movilizadora. Tomando las propuestas críticas de Horkheimer y Adorno y siguiendo a Maffesoli, señala que el grado de eficacia en la conservación del poder radica en su capacidad para administrar el imaginario colectivo de una sociedad, para generar un sentimiento de comunidad compartido (Carretero, 2001 y 2003).

Si bien las menciones a las conceptualizaciones de Castoriadis y Durand son obligadas, algunos autores tratan de acudir a otros teóricos, como Charles Taylor, Juan Luis Pintos y Manuel Antonio Baeza, para así brindar visiones matizadas y un tanto diferentes de lo que puede entenderse por imaginarios. En dos de sus trabajos, Lidia Girola se refiere a los imaginarios como aquellos supuestos implícitos y comunes en torno a ideales y fines sociales, que fundamentan los usos y costumbres de cada sociedad en cada época. Son conjuntos simbólicos de significación, esquemas de interpretación de la realidad, a la vez que matrices de formas de organización, instituciones, formas

de sociabilidad y socialización, metas y procesos de cambio específicos; que a través de narrativas, mitos e idealizaciones forman parte de las identidades sociales en un lugar y un momento específicos. Por lo tanto, los imaginarios sociales están temporal y espacialmente dados, y tienen funciones integrativas —al proveer de un sentimiento de pertenencia a algo común—, identitarias —al definir de manera no consciente los caracteres que conforman la identidad grupal e individual—, y cognitivas —porque brindan los elementos para conocer el mundo social y para saber moverse en él, y lo que podemos esperar de los demás— (Girola, 2007 y 2012).

En un artículo que repasa aportaciones de distintos autores en torno a la dimensión simbólica, Marc Barbeta hace énfasis en el carácter construido intersubjetivamente de los imaginarios, al hecho de que son esquemas históricamente transmitidos de significaciones, y por lo tanto se heredan de generación en generación, y citando a Clifford Geertz, dice que por medio de los imaginarios las personas comunican, perpetúan y desarrollan sus conocimientos y sus actitudes frente a la vida (Barbeta, 2015).

De este repaso, lo que surge claramente es que para los investigadores en México los imaginarios son una fuerza movilizadora, porque inducen a la acción, ya sea esta reproductora o creativa. Y están por detrás, dan origen y fundamento a las representaciones sociales.

2) El tema de los imaginarios urbanos ha tenido un gran desarrollo en México, impulsado, entre otros, por un grupo de investigadores con sede en la Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa de la ciudad de México. Como parte de sus esfuerzos han intentado tanto una profundización en torno a los significados del término como su aplicación a problemáticas específicas.

Norma Jaramillo retoma la propuesta de García Canclini y discute cómo el imaginario refleja —aquí a nuestro entender el uso de ese término confunde en lugar de aclarar— cómo los grupos valoran, conciben y califican su vida cotidiana o local, y éstos organizan y dan sentido a sus vivencias diarias con base en lo que observan a su alrededor. Jaramillo analiza el imaginario de la gentrificación en contraposición con el imaginario de la informalidad.

La producción creciente de trabajos en la última década ha permitido, quizás, transitar por el camino de la necesaria desambiguación conceptual, aunque la proliferación de significados e interpretaciones aún existe en el ámbito mexicano. Según Daniel Hiernaux hay que tener en cuenta que los imaginarios urbanos son un tipo específico de los imaginarios sociales, ya que incluyen en su trama de significados al espacio como un componente esencial.¹³ Los imaginarios urbanos en tanto constructos intersubjetivos sociales, no son la mera expresión de una localización particular, sino que expresan el sentido que se le da a la construcción social del espacio. Son *actantes*,¹⁴ ya que impulsan a las sociedades urbanas hacia ciertas decisiones, por ejemplo, hacia ciertos modos de urbanización, patrones de movilidad, estética urbana, sobre los derechos y usos del espacio público, entre otros. Pueden encontrarse, además, imaginarios urbanos dominantes y otros, a los que Hiernaux llama “de la resistencia”, que en las ciudades contemporáneas, y particularmente en las grandes metrópolis de México, muestran a sectores en conflicto: los urbanistas y planificadores urbanos, los desarrolladores y los habitantes del espacio urbano. Frente a un imaginario urbano que valora el entorno verde y la tranquilidad de la vida suburbana, puede encontrarse otro basado en la gentrificación de los centros previamente depauperados y dejados en manos de los sectores populares —el imaginario de regreso al centro—, como una forma de recuperar la vida urbana y lo que esta puede ofrecer: fácil acceso a los bienes culturales, las oficinas administrativas, los

13 Hiernaux define a “los Imaginarios urbanos como aquellos imaginarios sociales contruidos social y esencialmente a partir de las imágenes y representaciones de la ciudad.” (Hiernaux, 2008).

14 Los imaginarios no son actores, sino *actantes*, porque son constructos simbólicos que guían la acción de las personas. Si bien el término “actante” fue un término creado por Propp y por Lucien Tesnière y sobre todo por Algirdas Julius Greimas en su obra sobre semiótica, y con él hacían referencia a toda persona, animal o cosa que participaba en una narración, con un sentido diferente ha sido utilizado muy extensamente por la teoría del actor-red, principalmente por Bruno Latour, John Law y M. Callon, y se ha extendido ampliamente en el ámbito de la sociología actual, especialmente en la sociología urbana y del conocimiento, véase Law (1992).

espacios para el consumo; y el imaginario “de cristal” centrado en la obtención de seguridad, que implica que sus habitantes, al vivir en edificios y torres, con “*amenities*” como spa, alberca, gimnasio, vigilancia durante las 24 horas, no tienen necesidad de salir, ya que gran parte de sus vidas pueden transcurrir dentro. Lo interesante de esta formulación de Hiernaux más allá de su aplicabilidad a todas o a muchas ciudades contemporáneas, es que muestra a los imaginarios urbanos como espacios de lucha y contraposición de visiones en torno a los modelos de ciudad (Hiernaux, 2008).

Alicia Lindón, por su parte, sostiene que los imaginarios urbanos tienen que ver con el problema de la reproducción/producción socioespacial de la ciudad. La reproducción hace referencia a la permanencia en el tiempo de formas espaciales, códigos sociales que rigen la ciudad y la vida urbana y las interacciones, esquemas y tramas de sentido consensuados. La producción se refiere a que, en la espacialidad imaginada de la ciudad, también caben las innovaciones. Es necesario, dice Lindón, evitar la reducción de los imaginarios urbanos a imaginarios de la ciudad, porque los primeros implican tramas de sentido que se manifiestan en cómo los habitantes perciben los espacios que habitan, en su cotidianeidad, en lo que esperan y en cómo se mueven en el espacio. El papel de los imaginarios urbanos radica no solo en que brindan inteligibilidad al mundo, sino que proporcionan a los sujetos que habitan la ciudad instrumentos de percepción y comprensión de la realidad urbana, que inciden en la creación y construcción del espacio habitable. Dentro de los imaginarios urbanos, el imaginario del suburbio se constituye como una promesa de felicidad, pues une a las ventajas de la cercanía con la urbe, la tranquilidad y el contacto con la naturaleza. (Lindón, 2008b).

Adolfo Narváez Tijerina hace una conexión relevante en varios de sus trabajos (2008, 2011), entre los imaginarios políticos de una época y una sociedad determinadas, y los imaginarios urbanos que alimentaron las ideas y las obras de arquitectos tan relevantes como Frank Lloyd Wright. La percepción acerca de la aglomeración en las ciudades, propia de la modernidad industrial, para este famoso arquitecto y otros pensadores del momento, implicaba corrupción del modo de vida, y generó su propuesta de una ciudad extensa que se pierde en el

campo. Narváez señala la influencia que las ideas anarquistas, agraristas, liberales y democráticas, las ideas acerca de la vida digna y buena, y diversos grupos de interés presentes en la época, tuvieron en la conformación del imaginario urbano que Lloyd Wright intentó poner en ejecución.

Vázquez Rodríguez y García Garza, en un número temático sobre imaginarios urbanos, sostienen que hay que pensar al imaginario como contenedor de diversas identidades sociales. La noción de imaginario indica una serie de imágenes que hacen que la vida de un sujeto sea tal y como es. Por ello lo imaginario es tanto psíquico como social, abarca lo individual y lo colectivo. Aunque los autores citan a Mauricio Beuchot (2004, p. 87), obviamente esta idea puede encontrarse con anterioridad en Castoriadis. (Vázquez Rodríguez y García Garza, 2015)

Un tema recurrente en torno a los imaginarios urbanos, es el relacionado con los usos del espacio público, ya sea como espacio de comercio y consumo; espacio de movilidad; espacio apropiado privadamente —por las comunidades o barrios cerrados o por los fraccionadores y desarrolladores inmobiliarios— (Crossa, 2013; Moreno Murrieta, 2015; Oropeza, 2014; López Levi, 2008).

3) En un país como México, expulsor y receptor de personas y espacio de tránsito constante hacia los Estados Unidos, el tema de la migración ha asumido una relevancia creciente. Los imaginarios de la migración y de los migrantes, con especial énfasis en la noción de “frontera”, aparecen constantemente en los foros de discusión académica y pública, y obviamente en las publicaciones de los investigadores que analizan las percepciones de inmigrantes y emigrantes, la visión que se tiene del “otro lado”, y los componentes ideacionales y simbólicos de las percepciones de los sujetos implicados en el tránsito y en la recepción.

En 1992, Víctor Zúñiga señalaba que en la zona metropolitana de Monterrey, Estado de Nuevo León, el imaginario sobre la migración en jefes de hogar del sexo masculino, implicaba una serie de creencias, estereotipos y pre-juicios sobre lo que se podía esperar al migrar. La cultura estadounidense aparecía como hermética, como un campo

de incompreensión simbólica mutua. Las expectativas de los migrantes variaban mucho, según los potenciales viajeros fueran jóvenes o viejos.

Martín Echeverría, en una investigación realizada entre jóvenes, sostiene que los atractivos de la vida en otro lugar, donde podrían obtener prestigio y mejor estatus, forman parte de los imaginarios sociales de los migrantes potenciales. Esos imaginarios —tanto positivos como negativos— dependen estrechamente de la información que es introducida en la comunidad de origen en forma de narrativas a través de canales de comunicación interpersonales o mediáticos. Su estudio, con menciones a diversos autores relevantes, le lleva a profundizar en las nociones que utiliza, ya que señala que los imaginarios pueden ser entendidos como construcciones culturales, locales o amplias, conformadas por aspectos racionales e irracionales, objetivos y subjetivos, ideales y reales que están ligados a la acción. Los seres humanos son capaces de ubicarse a sí mismos no solo con referencia a objetos y eventos que están presentes en su cotidianidad, sino también en referencia a objetos, lugares y eventos ausentes (Echeverría, 2013).

Coincide con lo manifestado anteriormente por de la Peña Astorga, quien señala que los jóvenes regiomontanos¹⁵ construyen sus imágenes mentales acerca de los Estados Unidos y América Latina a partir de su exposición y consumo de la información obtenida de los medios masivos de comunicación. Resalta la falta de equidad en el flujo internacional y en la recepción de mensajes comunicacionales, ya que a mayor nivel socioeconómico, hay mayor exposición y preferencia por contenidos extranjeros. Para de la Peña Astorga, los imaginarios son conjuntos de estereotipos, reputaciones, imputaciones, creencias y prejuicios, que configuran predisposiciones que orientan a la acción, y en este caso, favorecen una visión positiva del estilo de vida estadounidense y por lo tanto fomentan la migración (De la Peña Astorga, 1998).

El viaje a los Estados Unidos representa imaginariamente una suerte de peregrinaje en busca de la “tierra prometida”, en palabras de Lourdes Jacobo, lo que lleva a la autora a relacionar el imaginario de la migración con aspectos casi-religiosos (Jacobo Albarrán, 2007).

15 Se llama así a los que viven en la ciudad de Monterrey.

Campos Delgado analiza los imaginarios de frontera en los jóvenes de la frontera sur de México, tomando como ejemplo los migrantes desde Guatemala; y los compara con los jóvenes de Tijuana, en la frontera norte con Estados Unidos. Esto le permite proponer que las fronteras geopolíticas tienen tres dimensiones: histórica, física y simbólica. No se puede decir que la identidad fronteriza sea una sola, ya que es posible encontrar el imaginario de la “frontera dispersadora” —tiene que ver con la idea de que al cruzar la frontera las familias se separan—; el imaginario de la “frontera administrativa” —porque las trabas burocráticas entorpecen los cruces— y el imaginario de la “frontera deseable” —al atravesar, uno se encontraría con una realidad mejor “del otro lado”—; el imaginario de la “frontera omnipresente” —que hace referencia al control de los migrantes—; el imaginario de la “frontera ambivalente” —proporciona oportunidades pero también frustraciones y peligros—. Si bien a lo largo del artículo la distinción entre representaciones sociales e imaginarios no es del todo clara, el texto sirve para mostrar que las ideas, creencias y valoraciones de la frontera son cambiantes, fluctuantes, conflictivas y actuantes en la cotidianidad de las personas. (Campos Delgado, 2012).

4) México es un país donde el racismo ha sido habitual desde la colonia, y ese racismo, y la consecuente discriminación del indio, conjuntado con el desprecio hacia las clases subalternas —racismo más clasismo—, perviven actualmente a pesar de su evidente “incorrección política”. Artículos sobre los imaginarios acerca del indio, del colonizador y, actualmente, hacia sectores vulnerables como son los indígenas, los sectores populares, y su contraparte, los imaginarios acerca de “lo blanco”, lo “nice”, lo de moda, exploran una de las muchas contradicciones y espacios de conflicto de la sociedad mexicana.

Una reconocida antropóloga mexicana, Alicia Barabas, en un artículo del año 2000 encuentra que fue desde la colonia que se constituyó un imaginario racista sobre los indios, que fueron caracterizados como salvajes y bárbaros. La barbarie podía ser consecuencia de su diferencia y su lengua, y el salvajismo porque eran personas silvestres, que vivían en espacios no urbanizados, andaban desnudos y comían comida cruda o recolectada en los campos. Los estereotipos denigratorios del

indígena se basaban en los estigmas que, según los colonizadores, les eran propios: idolatría, sacrificio humano, canibalismo, brujería, poligamia, incesto y sodomía. Durante cinco siglos, se consideró que el bárbaro salvaje podía dejar de serlo, parcialmente, por la conversión religiosa; a partir del siglo XIX, podía lograrlo por vía de la razón y la educación. Los imaginarios acerca del indio mexicano se modificaron después de la Revolución Mexicana, cuando se pasó a considerarlos como objetos de integración forzosa, a través de la castellanización. Si bien se manejó el arquetipo del indio ancestral como parte de la identidad nacional, los millones de indígenas vivos eran un obstáculo para la unidad y homogeneización de la nación, y una pesada carga económica, cultural y política. Solo a partir de la creación del Instituto Nacional Indigenista en 1948 y sobre todo a partir del resurgimiento étnico de los años setenta, se ha valorizado a las culturas originarias; sin embargo, persiste en el imaginario la idea de que México es una sociedad mestiza: racialmente híbrida, progresivamente blanca y culturalmente española. La inferioridad del indio es parte constitutiva, aún, del imaginario (Barabas, 2000).

Martínez Terán señala que los saberes, tradiciones y fantasmas de los colonizadores, que constituyeron su imaginario, forjaron los mitos de los buenos y malos salvajes, los prejuicios y esquemas de calificación y de descalificación. Fueron elementos de segregación. Y remonta su análisis a la lectura medieval de la Biblia que hacían los colonizadores, lo cual les llevó a una interpretación que les permitió justificar la explotación del indio. En el imaginario europeo, los africanos eran descendientes de Cam, cuyo nieto avergonzó a Noé al encontrarlo borracho. Dios condenó a los descendientes de Cam a servir a sus hermanos. Por asociación, por sus rasgos diferentes a los europeos y su piel oscura, los indios fueron asimilados a los africanos, y por lo tanto, la explotación de los indios tenía una justificación bíblica, además de formulaciones *ad hoc* del derecho natural, las bulas papales y otros mil argumentos (Martínez Terán, 2007).

Por su parte Eugenia Iturriaga analiza el imaginario racista en Mérida, una ciudad del sureste mexicano, conocida como “la ciudad blanca”, no por la blancura de sus edificios, sino porque los blancos ricos que la poblaron, excluían a los indígenas y los confinaban a los

márgenes de la ciudad. Iturriaga confronta los imaginarios y las representaciones del indio, del naco,¹⁶ con los imaginarios de la pureza racial y social, y lo hace en un escenario específico: las discotecas de Mérida, lugar en el que se decide a quiénes se les permite entrar, cuándo y dónde; a través de observaciones y entrevistas muestra cómo los imaginarios racistas y clasistas permean la cultura y las prácticas sociales de los jóvenes en Yucatán, que se refieren despectivamente como “nacos” a los jóvenes de estratos populares y de piel oscura que quieren entrar a los que ellos consideran como sus lugares exclusivos de esparcimiento nocturno, y a su exigencia de que se les debe prohibir la entrada (Iturriaga, 2015).

En una nota donde reseña dos libros de reciente aparición que se mencionarán más abajo, Jesús Haro dice que, en ambos textos, dedicados a estudiar los imaginarios de y sobre los indígenas en el Estado de Sonora, la historiografía intenta conciliar posiciones deterministas localizadas en lo económico, lo político o lo territorial, con un análisis de los imaginarios subyacentes, esto con el afán de integrar al marco de las explicaciones “duras”, la influencia de la cultura, los símbolos y la religión, las mentalidades o epistemes de cada época. Y plantea la relevancia de los imaginarios sociales para obtener una visión integradora de las sociedades, en distintas épocas. (Haro, 2012).

Vázquez Flores reseña las distintas ideas y representaciones de los indios en la prensa chiapaneca, que conforma un imaginario denigratorio y excluyente con respecto a las poblaciones autóctonas, y que no depende de si los periódicos analizados puedan ser considerados de derechas o de izquierda, en todos se trasluce un imaginario con respecto a los indígenas que los ubica en una posición subalterna (Vázquez Flores, 2015).

16 Según el Diccionario del Español de México, “naco” es un término despectivo que refiere a alguien que es ignorante, torpe o carece de educación, que es de mal gusto o sin clase. El Diccionario de Mexicanismos de la Academia Mexicana de la Lengua agrega: “persona de bajos recursos, despreciada por su estrato cultural bajo”. Habitualmente se refiere a una persona con rasgos indígenas, de piel morena. El Diccionario de la Real Academia Española, en una de sus acepciones lo define como sinónimo de “indio” o “indígena”.

Entre los artículos que trabajan sobre los imaginarios propios de culturas indígenas de México encontramos, entre otros, el de Tapia Landeros y Grijalba, sobre las creencias e imágenes del grupo Kumiai acerca de los recursos naturales de los que viven (Tapia y Grijalba, 2012). El de Báez y Gómez Martínez acerca de las cosmovisiones nahuas, los rituales y la mitología en torno a los equilibrios entre el cielo y la tierra, y cómo las distintas expresiones del imaginario colectivo se vinculan con la vida material y las relaciones sociales del grupo (Báez y Gómez Martínez, 2000). Quizás por el tipo de abordaje, principalmente etnográfico, una característica común en estos artículos es que la diferencia entre imaginarios y representaciones sociales se hace borrosa.

5) La educación ha sido y sigue siendo un gran problema para México. Es considerado como el principal mecanismo de ascenso e integración social, pero a la vez, en el presente, la cuestión de la calidad de los contenidos, la capacitación de los educadores, las deficiencias en la infraestructura y los modelos educativos divergentes siguen siendo temas a resolver. Existen, como en los otros rubros, muchos trabajos que abordan el estudio de los imaginarios en el ámbito educativo.

Algo que puede notarse en la mayoría de los textos consultados es que, tanto si el estudio se centra en cómo la sociedad percibe a la educación, como a las escuelas y a los maestros, el tema del conocimiento como una aspiración y un valor está ausente. Los elementos que nutren las percepciones y las decisiones de los actores involucrados, sean estos los padres de familia, los maestros o las autoridades, son sobre todo aspectos como el orden, la disciplina, los valores, el respeto a los símbolos patrios; pero el saber como algo valioso por sí mismo también es considerado desde una perspectiva rígida y prescriptiva. La lectura, el aprendizaje de habilidades, el desarrollo de capacidades cognitivas y de la curiosidad científica, no entran en el ámbito del placer, sino del deber. Así, no es de extrañarse que el nivel educativo de la mayoría de la población adolezca de serias deficiencias.

En un artículo de 1993, Zúñiga Rodríguez habla del imaginario acerca de los maestros de educación primaria como una serie de expectativas y demandas que la sociedad y los propios maestros tienen con respecto a su papel y sus tareas en la formación de los estudiantes. El

imaginario normalista, como la autora lo denomina, se desarrolla en México durante el siglo XX en dos períodos, el que inicia en la década de los años cincuenta y el que resulta de los grandes cambios sociales a partir de la década de los años setenta. En el primer período, el modelo ideal del maestro era el del maestro rural de las campañas alfabetizadoras de Vasconcelos y Cárdenas, y se nutre de los ideales de sacrificio y entrega: el maestro como misionero cultural, que debía rescatar a los niños campesinos de la ignorancia y el atraso de la vida rural tradicional. Entre otras cosas, debía superar el rezago en el dominio del idioma español. Zúñiga señala que “el maestro de educación básica nunca ha ocupado el lugar del saber; en cambio [...] ha sido el conminador reiterado hacia el deber ser”, de allí el énfasis, sobre todo de los padres y las autoridades, en un modelo de orden y disciplina, a veces incluso con rasgos autoritarios. “En el imaginario normalista el conocimiento ocupa un lugar secundario y accesorio, no es realmente importante ni en los maestros ni en los alumnos”; el imaginario acerca del maestro de escuela primaria fue visto, durante décadas, más como guía y orientador espiritual, encargado de hacer cumplir normas moralizantes. El rasgo paradigmático que muestra este imaginario predominante en torno a la disciplina y la obediencia fue la implantación rigurosa de la exigencia del uso del uniforme, que llegó al extremo de impedir la entrada a la escuela a aquellos alumnos que no lo portaban. Esta exigencia, derogada formalmente pero no en la realidad, muy recientemente, podía constituir una situación insuperable para familias campesinas pobres con muchos hijos, y conducir finalmente a que los retiraran de la escuela. Zúñiga se pregunta: “Si no es el conocimiento, ¿de dónde nace y se nutre el imaginario del maestro normalista? ¿Por qué se señala al maestro como responsable de los bajos niveles educativos del país?” Y responde que es porque el imaginario que la sociedad y los maestros tienen de sí mismos se centra en el cuidado de la disciplina y la actitud prohibicionista, de contención y de castigo, y no en el saber. Si bien en el segundo período, que inicia en la década de los años setenta, esto se ha modificado un poco, pareciera que simplemente se ha sustituido el imaginario normalista del apóstol mesiánico, por el mesianismo del “método científico”, concebido de una forma rígida y mecánica (Zúñiga Rodríguez, 1993).

Los graves conflictos con el magisterio del país, que ya llevan varios años en México, de alguna manera parecen tener uno de sus núcleos en la equivocada percepción que tanto las autoridades como los maestros, los estudiantes, los padres de familia, en fin, toda la sociedad, tienen acerca del conocimiento y la función de los maestros, basados en un imaginario centrado no en el gusto por el saber, sino en el acatamiento de normas rígidas, siempre transgredidas, y el cumplimiento formal de la transmisión de la información.

Continuando con el análisis del imaginario normalista, Molina Hernández realizó un estudio sobre los conflictos en la escuela primaria, por parte de los hijos de los Testigos de Jehová, e introduce, citando un texto de 1978 de Lewis Coser, la idea de que existen “instituciones voraces”, aquellas que tienden a controlar todas las adscripciones del actor, exigiéndole lealtad a un jefe, un grupo o una idea. El nacionalismo, elemento importantísimo del imaginario normalista mexicano, tiene un componente universalista, que permite que otros códigos simbólicos estén presentes en una misma identidad —ser mexicano, católico e ingeniero, por ejemplo—. Pero la religión de los Testigos de Jehová es una religión de exigencia, una “institución voraz”, que excluye todo lo que no sea específico de la adscripción religiosa. Esto ocasiona en sus miembros una tensión identitaria que entra en conflicto con prescripciones tales como el respeto a los símbolos patrios, y hace difícil la integración de los alumnos a la escuela, espacio de producción del imaginario normalista, en la que se conceptualiza, resguarda y exalta la identidad nacional (Molina Hernández, 1996).

En el terreno de la sociología de la ciencia, un texto que destaca por extraer conclusiones teóricas de su análisis empírico de una situación particular, es el de Vergara López y Remedi, que en su estudio acerca de las condiciones de la investigación científica señalan el problema para los científicos nacionales del “Imaginario construido en torno a la relación subordinada con comunidades científicas de países desarrollados” y que a pesar de eso, la comunidad científica que estudian desarrolló “un imaginario institucional que responde a altos estándares [...] centrado en un proyecto imaginado de calidad y eficiencia” y dicen que “en ese Imaginario se sustenta la cultura institucional” del organismo que estudian (Vergara López y Remedi, 2016). Esto nos

llamó la atención porque utilizan, en un mismo texto, dos acepciones de imaginario: una como pre-juicio de sentido común; y otra como la idea que la gente tiene de sí misma.

El debate sobre los imaginarios ligados con la educación y la ciencia encontró un ámbito propicio propio en congresos y seminarios realizados sobre cuestiones educativas en México, cuyos resultados fueron múltiples ponencias y libros, que serán comentados en una investigación posterior.

6) Un ejemplo de la discusión acerca del papel de los imaginarios en relación con las prácticas democráticas y la ciudadanía, lo encontramos en un artículo de Héctor Tejera, donde señala que la cultura se compone de tres planos: las convicciones de fondo, que son difusas y a-problemáticas; los valores significativos, que imprimen sentido a la cotidianeidad; y la asignación de significados, relacionada con las prácticas sociales. Tejera señala que el afán de los actores o grupos sociales por reforzar o cuestionar los significados culturales dominantes, delinea el contenido de los imaginarios sociales. Siguiendo a Calhoun, 2002 y Baczkso, 1991, señala que los imaginarios sociales son aquellos que están entreverados en el *habitus* de la población, y a través de los cuales los individuos entienden sus identidades y su lugar en el mundo. El imaginario ciudadano que enfoca el ejercicio del gobierno como un acto personalizado, encarnado en un candidato, propicia la aspiración de tener contacto con este. Las estrategias proselitistas de los partidos son prácticas político-culturales que revelan los imaginarios de los partidos y sus integrantes acerca de los ciudadanos. Por ejemplo, el partido revolucionario institucional (PRI), actualmente en el gobierno de México, se organiza en torno a su intermediación para la obtención de bienes y servicios; su estrategia es pragmático clientelar. Otros partidos, como el de la revolución democrática (PRD) tienen una estrategia que puede definirse como utópico-participacionista (Tejera, 2009).

Otro ejemplo de la relación de los imaginarios sociales con la democracia y la identidad nacional proviene del tratamiento de la cuestión en una sociedad extranjera. En su artículo sobre la construcción de la identidad poscolonial en Hong Kong, Leetoy y Lemus sostienen que

“la construcción de un imaginario idealizado de lo que debe ser la democracia” ha conducido a los habitantes de la ex colonia británica a tener múltiples enfrentamientos con China, porque “en el imaginario colectivo se aspira a la soberanía popular, imaginada, no practicada, y esto como idealización derivada de la presencia de Gran Bretaña”. Mencionamos este artículo a pesar de su relativa distancia con respecto a la situación mexicana, porque en él se perciben otras acepciones de imaginario: como perspectiva de la realidad que se traduce en expectativas valorativas pero también en prácticas, y como utopía operativa y movilizadora (Leetoy y Lemus, 2016).

7) Muy sugerentes son los trabajos dedicados a analizar los imaginarios de nación que nutrieron al cine mexicano, en sus diferentes épocas. Y son sugerentes precisamente porque en esos artículos se presentan diversos tipos de imaginarios: lo moderno, lo urbano, lo rural, los vicios y virtudes, las familias. En la sociedad mexicana, el cine, voluntariamente o no, ha sido un muestrario de los diversos conflictos presentes en la realidad, y ha mostrado también, para quien supiera ver entre líneas, entre una película y otra, que los imaginarios no eran, ni son, homogéneos, no pueden reducirse a dualidades mutuamente excluyentes, sino que son espacios de confrontación, donde se juegan sentidos, aspiraciones e identidades.

Ana Rosas Mantecón señala que en la llamada época de oro del cine mexicano, en los años cuarenta del siglo XX, la intención de muchos cineastas ligados con el proyecto nacionalista y modernizador del Estado, era consolidar la identidad nacional. En el cine de la época es frecuente encontrar retratados los problemas de la modernización acelerada, pero con una visión convencional y de moral estrecha: las virtudes del entorno rural idealizado, frente al vicio y la perdición posibles en las ciudades. Junto con eso, es un cine de estereotipos: para el habitante de la ciudad, que es el que va al cine, los “otros” son los charros —que cantan a la menor provocación, siempre con pistola al cinto—, las “chinas” —bellas y pasivas—, los mariachis —que acompañan al héroe con su música y en sus trances amorosos, tomando tequila—. El emigrante de las zonas rurales va a la ciudad, sufre y se desencanta, y vuelve al terruño natal. También en el cine se muestran las nuevas

concentraciones populares en las llamadas vecindades, donde el personaje prototípico es “el peladito”: pobre, mal hablado, pero de buenos sentimientos, cuyo ejemplo clásico es *Cantinflas*. Los imaginarios en el cine son un compendio del sentido de la vida en esa época, muestran una realidad en proceso de cambio, si bien idealizada y retocada, y una realidad imaginada hacia el futuro (Rosas Mantecón, 1996).

En la misma línea, Silva Escobar señala que las películas de la época de oro del cine mexicano “naturalizan” lo que debe ser entendido como la esencia de la mexicanidad. Con esa naturalización se instala en el imaginario social la ideología del “multiculturalismo restringido que reposa sobre el poder de universalizar los particularismos vinculados a una tradición histórica singular, haciendo que resulten irreconocibles como tales particularismos” (Silva recupera esta idea de Bourdieu y Wacquant, 2001). Las características del cine de los años cuarenta del siglo XX, son el tomar a los individuos como agentes causales, inmersos en el melodrama de la vida, pero por lo general las tramas conducen a un final feliz. Silva Escobar señala también la influencia del cine de Hollywood en los imaginarios del cine mexicano, de dos maneras distintas: los que operan para establecer el orden —en Hollywood los referentes son los westerns y el cine negro—, y los que operan para establecer la integración social —los musicales, las comedias, los melodramas—. En México, la injusticia del orden social se vuelve el orden natural donde el héroe del melodrama no solo no intenta subvertir, sino que es al que se acoge al recurrir al orden establecido para solucionar su situación. El cine naturaliza el orden social y lo desustancia, al situarlo como una especie de telón de fondo. Los personajes son inocentes y pasivos en la asunción de su devenir. La heroicidad de las víctimas reside en la aceptación del sufrimiento visto como destino. El imaginario prevaleciente en muchas de las películas de la época trae consigo el mito de que el amor iguala a los seres humanos y rompe las jerarquías sociales. También, las películas presentan estereotipos y guías de comportamiento —lenguaje, costumbres— con los que el público podía identificarse. Las relaciones de parentesco, la maternidad, el adulterio, el trato varonil, la belleza como sinónimo de femineidad, la pobreza sobrellevada con honradez, la riqueza con desgracia. El cine no ofrecía realismo, sino nobles visiones del coraje, de la grandeza de

la tierra, del machismo y del espíritu femenino, temas todos que han sido tratados por uno de los ensayistas más reconocidos en México: Carlos Monsiváis. El cine de los años cuarenta es una muestra del cambio en los imaginarios de la nación; en el periodo posrevolucionario México transitó a una cultura autodefinida como mestiza, influenciada por el modo de vida estadounidense, y vivió la eclosión de los ideales de modernidad, sin una modernización integral. El cine objetiva en sus representaciones lo que en el imaginario era noción o abstracción; el cine amplifica el imaginario porque lo instala en las diferentes audiencias a las que va dirigido. El cine se constituye en un medio eficaz en el modelado de las identidades, las creencias y los valores, y es fundamental en la construcción de los nuevos imaginarios acerca del nuevo país que se intentaba conformar (Silva Escobar, 2011).

8) Los intensos debates en la sociedad mexicana acerca de las nuevas conformaciones familiares, las discusiones acerca del papel del cuerpo, el amor, el sexo y el género, han resultado en artículos donde también se discute cómo los imaginarios en torno a estos temas se han ido modificando a lo largo del tiempo. Por ejemplo, en el trabajo de Estela Serret acerca de la conformación reflexiva de las identidades trans, se señala que el binarismo sexual simbólico e imaginario que constituye el imaginario sobre sexo y género es parte de un sistema de dominación; las relaciones de género son siempre relaciones de poder, y cuando la relación masculino/femenino, mujer/hombre se trastoca, tanto a nivel social como en lo subjetivo, surge el conflicto. Serret toma al imaginario como un recurso lingüístico para referirse a una realidad indefinida o conflictiva, e identifica su papel en la construcción de definiciones identitarias (Serret, 2009).

Cueva Hernández, por su parte, retoma la afirmación de Castoriadis en el sentido de que el imaginario se compone de significados discursivos, prácticos, simbólicos e imaginados que le dan forma y especificidad al comportamiento humano mediante el lenguaje, lo que lleva a la autora a decir que el imaginario acerca de la familia se ha nutrido de prácticas concretas, símbolos en torno a ellas y aspiraciones convencionales —familia formada por padres heterosexuales, con hijos; familia como el pilar de la sociedad, célula económica—; todo esto ha

conformado un tipo imaginario de familia al cual aspira la mayoría. Esto ha conducido a que las familias que no se corresponden con ese arquetipo sean estigmatizadas socialmente y ha influido en una auto-percepción denigratoria por parte de los afectados (Cueva Hernández, 2010). En otro trabajo, la misma autora se refiere al imaginario del amor romántico, y señala que el contexto familiar y la clase social influyen de manera decisiva en las construcciones del imaginario del amor, y cómo la muerte o la ruptura de la pareja modifican la visión de las entrevistadas acerca de lo que el amor significa. Si bien en ambos textos hay una confusión de dimensiones, entre imaginarios y representaciones sociales, y los procesos de selección de los sujetos a partir de los cuales se hace el estudio no garantizan que la muestra sea representativa, ni tan siquiera constituyan un ejemplo sólido, las apreciaciones que se desprenden de los trabajos muestran los cambios en los imaginarios referidos a la familia y al amor en la sociedad mexicana actual.

9) Si bien menos numerosos, los trabajos acerca de los imaginarios de la pobreza tienen un claro ejemplo en el trabajo de Carlos Barba, quien explica que el concepto de imaginario se refiere a una especie de “magma” —aquí retoma obviamente a Castoriadis—, de elementos simbólicos empleados en la vida cotidiana por los actores sociales o los individuos para determinar qué es real, qué tiene o carece de sentido, y para interpretar, valorar o actuar frente a la problemática planteada por algún tema en particular. Los imaginarios son dispersos, desordenados y no cuentan, según el autor, con fronteras claras. En torno a la pobreza, señala la presencia de tres imaginarios sociales: a) pobreza como producto de defectos individuales o morales; b) pobreza como consecuencia de procesos de desintegración social; y c) pobreza como resultado de la expansión del mercado y el afán de lucro.

El ítem *a* constituye una imagen estigmatizadora de la pobreza: la pobreza es resultado de incapacidades personales y morales; los pobres son pobres porque se niegan a trabajar, solo merecen apoyo si están dispuestos a reformarse.

En *b*, la pobreza es imaginada como una amenaza, un riesgo de los que no están integrados al Estado, la comunidad y la familia.

Finalmente, la variante *c* implica que la pobreza es un resultado del funcionamiento del mercado y de los privilegios de grupos sociales organizados. En este imaginario, la pobreza puede revertirse con solidaridad.

Los tres imaginarios presentados se sintetizan en tres discursos sociopolíticos acerca del bienestar social: el liberal, el corporativo y el social-demócrata (Barba, 2009).

10) Varios artículos trabajan los imaginarios del miedo y la inseguridad urbana, como por ejemplo el de Cortázar Enríquez, que relaciona las leyendas urbanas, los rumores y los miedos relacionados con la violencia, que reflejan las angustias sociales producidas por la urbanización acelerada en un ambiente cultural que todavía recuerda figuras, mitos y acechanzas tradicionales —como el chupacabras— en un nuevo marco, lo que propicia ansiedad y angustia mayores por la contraposición entre contexto urbano y la dimensión simbólica. El autor señala que el imaginario forma parte del capital cultural de un grupo social en un momento dado; es parte constitutiva del mundo intersubjetivo, capaz de crear imágenes dentro del orden de la cultura y el lenguaje, y encuentra su continuidad, y su contraste más fuerte, dentro del orden social urbano moderno (Cortázar Enríquez, 2008).

Podríamos inferir entonces, que quizás lo más atemorizante de las leyendas urbanas en torno a la violencia radique en la contrastación entre el mito y el contexto cotidiano, que pertenecen a mundos de significación diferentes.

En el artículo de Liliana López Levi sobre fraccionamientos cerrados en Tijuana, la autora hace hincapié en que en las “*gated communities*” o barrios cerrados, predomina la idea de protegerse de un exterior y de unos “otros” vistos como amenazantes, y encerrarse, y ser protegidos por policías, muros, accesos controlados, entre otros, tienen que ver con los imaginarios globales acerca de la criminalidad, que atentan contra la seguridad, la exclusividad, el confort de una comunidad que se piensa a sí misma con valores y aspiraciones de tranquilidad. Si bien muchas de estas ideas no son exploradas en profundidad, y los casos tomados para proponer sus hipótesis no son, por su escaso

número, representativos, sí se plantean como ideas sugerentes al respecto (López Levi, 2008).

Las representaciones sociales en México

Si bien la noción de imaginarios sociales es retomada en México a partir de la lectura de varios autores (Castoriadis, Durand, Bachelard, entre otros), las representaciones sociales son referidas muy frecuentemente a la teoría de las representaciones sociales (TRS), propuesta por Moscovici (1961, 1976) en el marco de la psicología social francesa, a principios de los años sesenta. Ello ha hecho que exista un referente teórico común a la mayoría de las publicaciones que retoman esta perspectiva. La TRS se difundió en México originalmente en el entorno de la psicología social, aunque la obra de Moscovici rápidamente tuvo eco en otras ciencias sociales y humanas, debido a la naturaleza pluridisciplinaria de sus propuestas.

Moscovici propagó sus ideas en América Latina como miembro del Comité Transnacional de Psicología Social, conformado por los psicólogos sociales más connotados en Estados Unidos y en Europa (Moscovici y Acosta, 2006). Los distintos eventos organizados por este comité en países como México, Chile, Brasil o Argentina, tenían el propósito de impulsar el desarrollo de la psicología social en el continente. Los intercambios entre psicólogos sociales mexicanos y los miembros del comité y de las asociaciones de psicología latinoamericanas dieron sus frutos en los años sesenta y setenta (Moscovici y Marková, 2006). Tras el primer encuentro del Comité Transnacional de Psicología Social con los psicólogos y psicólogos sociales latinoamericanos, que se llevó a cabo en la Ciudad de México en 1969, creció el interés por una psicología social de corte sociológico-cultural y menos psicológica (Moscovici y Acosta, 2006). Las ideas de los psicólogos sociales europeos tuvieron cierta influencia en quienes estaban creando programas de psicología social en las universidades mexicanas.

Es en este contexto que varios psicólogos viajaron a Francia para visitar el Laboratorio Europeo de Psicología Social que Moscovici había creado en la *Maison des Sciences de l'Homme*, en París. Sucesivas

generaciones de psicólogos sociales mexicanos, y latinoamericanos, en general, realizaron estudios de posgrado en el *Laboratorio de Psicología Social* que Moscovici también fundó en 1965, en el seno de la École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS), en París (Acosta, 2001).

A través de este intercambio intelectual, la obra de Serge Moscovici se fue propagando en México desde la década de los años setenta, particularmente sus teorías de las representaciones sociales (1961/1976) y de las minorías activas (1981), sus planteamientos sobre la psicología de las multitudes (1985) y la ecología (1975).

La TRS se ha expandido en México gracias al permanente contacto entre investigadores de distintos países, que se lleva a cabo en eventos, conferencias internacionales, redes y proyectos de investigación colectivos, que se han materializado en publicaciones y presentaciones de resultados de investigación. En lo sucesivo, haremos un recuento de las acciones académicas que se han realizado y han dado lugar a las publicaciones que mayor influencia tienen en el campo de las RS en México.

Desde 1992 se realiza bianualmente la Conferencia Internacional de Representaciones Sociales (CIRS), en la que regularmente participa una cantidad importante de académicos latinoamericanos. Dos de estas conferencias han tenido lugar en México. En 1998 fue organizada por profesores de la UAM, y en 2004 por académicos de la Universidad de Guadalajara.

Las conferencias magistrales de la CIRS de 2004 fueron publicadas en el libro *Representaciones Sociales, Alteridad, Epistemología y Movimientos Sociales*, coordinado por Silvia Valencia Abundiz (2006). En el primer capítulo, Denise Jodelet aborda el tema de las representaciones sociales activadas para construir la propia identidad en relación con la alteridad, la igualdad y la diferencia, el yo y el otro, que están en juego en las relaciones sociales y en la estructura social. En el segundo, Ivana Marková propone una perspectiva dialógica para estudiar las representaciones sociales. De acuerdo con la autora, la relación ego/alter (yo/otro-s) no debe concebirse como una interacción entre entidades separadas, sino como una díada interdependiente desde su origen. Es decir, como una unidad ontológica en la que cada elemento de la díada construye al otro. La perspectiva dialógica pone énfasis en las distintas formas de interacción y comunicación social, así como

las oposiciones básicas —hombre/mujer, arriba/abajo, y otros— que construyen el pensamiento social, y que Moscovici denominó *themata* (Moscovici y Vignaux, 1994). En el tercer capítulo, Annamaria de Rosa argumenta sobre la importancia de la TRS para la comprensión del pensamiento social contemporáneo, debido a la flexibilidad metodológica de esta teoría, así como porque permite relacionarla con otros conceptos. En el cuarto capítulo, Angela Arruda lanza la hipótesis de que el trastocamiento de sentidos y la lucha de significados, que se da en la actividad de los movimientos sociales, es un campo fecundo para analizar las representaciones sociales de los sujetos, de los grupos y de las ideas que llevan a un cambio social. En el último capítulo, María Auxiliadora Banchs esclarece dos perspectivas desde las cuales se usa la TRS. En la primera se analizan las representaciones sociales de un objeto de interés o relevancia para un grupo o una comunidad. En la segunda, la TRS se utiliza para estudiar las producciones simbólicas de una comunidad, o los “contornos” de un fenómeno dado, sin definir claramente un objeto de representación. La autora tiende los puentes entre la TRS y la etnografía, como método de estudio de las representaciones sociales subyacentes en un contexto cultural e histórico específico.

Como se observa, la TRS se ha ido desarrollando en torno a una activa comunidad científica a nivel internacional. Un análisis sobre la presencia de esta en México no debe obviar la actuación de los distintos actores académicos que han contribuido a ese campo de estudio a través de su trabajo.

Desde finales de los años setenta, los profesores Teresa Acosta y Javier Uribe impulsaron las ideas de Moscovici en la Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa (UAM-I). Más tarde, la TRS también tuvo eco en el plantel Xochimilco de la misma universidad (UAM-X). Estos trabajos pioneros en México se centraban básicamente en aplicar la teoría al campo de la política (Uribe, Silva, Acosta y Juárez, 2000). Recientemente, el campo de aplicación de la TRS se ha expandido a los estudios urbanos en la UAM-I (De Alba, 2010; 2013), y de la comunicación en la UAM-X (Gutiérrez y Cuevas 2012).

En la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional Autónoma de México, las ideas de Moscovici empezaron a difundirse a través del

laboratorio de psicología social fundado por Jorge del Valle, a principios de los años ochenta (Acosta, 2001). Aunque el laboratorio tuvo una corta duración, algunos de sus miembros, como Fátima Flores Palacios y Alfredo Guerrero Tapia continuaron trabajando con la perspectiva de las representaciones sociales en la UNAM.

Fátima Flores se ha consagrado a desarrollar una línea de investigación sobre género, salud y sociedad, utilizando la TRS como referente que le permite estudiar la identidad de género como una construcción social. Flores (2002) observa que la noción de diferencia constituye el núcleo central de las representaciones sociales del sexo, las cuales juegan un papel fundamental en la construcción de la identidad de género. El sistema representacional de género normativiza las diferencias de roles entre los sexos, y es inseparable de las prácticas sociales de hombres y mujeres. Flores considera que la TRS permite analizar la categoría de género como un sistema, ya que el sistema representacional está compuesto por “elementos ideológicos, creencias, valores y normas que constituyen las relaciones sociales y mediante las cuales se dinamiza la comunicación” (Flores, 2012, p. 343). El procedimiento metodológico que la autora sugiere para ello consiste en llevar cabo:

[...] una deconstrucción de los elementos que componen el sistema representacional analizando cada una de sus partes por separado como si se tratara de un ‘rompecabezas’, tratando de buscar la lógica de su propia producción en las prácticas, a partir del contexto de referencia, con la idea de obtener en un segundo plano de análisis, la coherencia interna que permita la reconstrucción de todos y cada uno de los elementos que constituyen dicha representación y que otorgue sentido a la experiencia afectiva. (Flores, 2012, p. 343).

Denise Jodelet y Guerrero, publicaron el libro *Develando la cultura. Estudios de representaciones sociales* (2000), en el que compilan una serie de estudios sobre RS que fueron presentados en varios congresos internacionales, entre ellos la IV Conferencia Internacional de RS que se llevó a cabo en México en 1998. De acuerdo con Jodelet “La reunión de estos textos responde a dos exigencias que surgen, por una parte, de la aplicabilidad de la aproximación de las representaciones

sociales y su apertura interdisciplinaria; y por otra, a la necesidad de dar voz al intercambio y la confrontación entre investigadores de América Latina” (2000, p. 7). El texto logra su cometido, y se ha convertido en una referencia frecuentemente citada en el campo de las RS en México.

El intercambio académico entre los investigadores europeos y mexicanos no se ha limitado únicamente a conferencias; también en co-participación en proyectos de investigación o grupos de trabajo internacionales. Ello dio lugar a que investigadores del interior del país también crearan grupos de discusión en torno a la TRS. Este fue el caso de los profesores Eulogio Romero y Guitté Hartog de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla; del profesor Tomás Guevara de la Universidad Autónoma de Sinaloa; o de Silvia Valencia y Tania Rodríguez, entre otros investigadores de la Universidad Autónoma de Guadalajara.

Eulogio Romero se dio a la tarea de editar el libro *Representaciones sociales: Atisbos y cavilaciones del devenir de cuatro décadas* (2004), para conmemorar los cuarenta años de la publicación de *El Psicoanálisis, su imagen y su público*, de Moscovici. Cada uno de los autores que escriben en esta obra reflexionan sobre el recorrido que ha tenido la TRS en diferentes campos de aplicación en México. Algunos autores abordan aspectos epistemológicos de la teoría y su evolución en las últimas décadas.

Tania Rodríguez y María de Lourdes García coordinaron el libro *Representaciones Sociales: Teoría e Investigación* (2007). La primera parte de la obra trata sobre aspectos epistemológicos, teóricos y metodológicos de la TRS —contexto de surgimiento de la teoría, autores que la inspiraron, sus alcances, sus métodos de estudio, entre otros—, mientras que la segunda parte está compuesta de estudios de RS en México y otros países, tratando temas como la intervención psicosocial, la salud pública, jóvenes, desempleo y profesionalización de la policía.

Algunos proyectos de investigación internacionales fueron auspiciados por el Laboratorio Europeo de Psicología Social de la *Maison des Sciences de l’Homme*. Fue el caso del Grupo de Trabajo sobre

Imaginarios Latinoamericanos y Representaciones Sociales,¹⁷ cuyo objetivo era reflexionar sobre la relación entre estos constructos teóricos, y aplicarlos a investigaciones sobre espacios latinoamericanos: comunidades, ciudades, países y el continente. Los resultados de investigación de este grupo fueron publicados en el libro *Espacios Imaginarios y Representaciones Sociales. Aportes desde Latinoamérica* (Arruda y de Alba, 2007), así como en el número especial de *Papers on Social Representations*, intitulado *Imaginary, representations and social memories* (2014, n.º 23).

Ponemos especial énfasis en el libro sobre espacios imaginarios porque dio lugar a una reflexión más profunda sobre los vínculos entre los imaginarios y las representaciones sociales, que es también el objetivo principal de este capítulo. En esta obra se presentan resultados de investigaciones sobre espacios imaginarios y representaciones sociales de los países y el continente latinoamericano, de zonas patrimoniales, de espacios escolares, de comunidades rurales, y de la esfera política, en Brasil, Venezuela y México. En la mayoría de estos trabajos se realiza esta reflexión retomando la dimensión figurativa de la representación social, cuya función principal es traducir un concepto abstracto en una imagen concreta y comunicable. En el prefacio de este libro, Moscovici sugiere que la relación entre imaginarios y representaciones sociales se da a través de los conceptos de imagen y de imaginación, que están en el corazón del conocimiento de sentido común, es decir, de las representaciones sociales. El autor plantea que el estudio de las cartografías imaginarias es pertinente en el actual contexto de la globalización, en el cual las fronteras se mueven, se regionalizan o se fragmentan. Son representaciones sociales emblemáticas de los países, en las que se reconocen sus habitantes. Para este autor, “las representaciones geográficas son de naturaleza alegórica” (Moscovici, 2007, p. 10).

17 Este grupo fue dirigido por Angela Arruda (UFRJ, Brasil) y estuvo conformado originalmente por investigadores de Brasil, México, Venezuela y Francia. Posteriormente, se integraron a la reflexión, investigadores de otros países, interesados en la relación entre los conceptos de representaciones e imaginarios sociales en diversos campos de estudio.

Varios capítulos del libro abordan estas cartografías imaginarias. Angela Arruda y Lilian Ulup intentan captar “la comunidad imaginada en su dimensión simbólica, psicosocial y afectiva”, por medio de dibujos de Brasil y del continente Americano. Alfredo Guerrero utiliza la misma metodología en el caso de México, a fin de establecer comparaciones entre los resultados de ambos países. Mientras que las cartografías imaginarias de Brasil expresan el profundo dilema identitario de un país integrado por migrantes de distintos continentes y por distintas razas, Guerrero observa que las cartografías imaginarias de México se alimentan de símbolos permanentes desde el siglo XIX, que se van modificando debido a los nuevos contenidos insertos en los procesos de globalización. A través de un estudio sobre dibujos de mapas del Centro Histórico de la Ciudad de México, Martha de Alba propone que las construcciones simbólicas del espacio se realizan en un continuo que va de la experiencia directa y personal del territorio, hasta los imaginarios sociales creados por la imaginación colectiva. La representación social, a través de sus procesos de objetivación y anclaje, funge como articuladora de la experiencia —conocimiento práctico— y el imaginario abstracto —mitos, leyendas, ideologías, miedos, utopías, entre otros— para construir una visión propia que permita una comprensión, realizar una toma de posición y de decisiones con respecto al espacio y sus procesos sociales, económicos, históricos y culturales. Clarilsa Prado de Souza estudió los imaginarios y representaciones sociales de la escuela a través de dibujos del espacio escolar. Encontró que esta es un espacio de identidad, de formación y de construcción de proyectos futuros, ligados con la realidad socio-cultural de distintas regiones de Brasil.

Denise Jodelet y Tunico Amancio analizan las imágenes de México y Brasil, creadas en la literatura francesa, el cine de Hollywood y el cine europeo. A través del análisis de los escritos de Antonin Artaud y Georges Bernanos, quienes vivieron en México y Brasil respectivamente, Jodelet se propone estudiar “cómo la dinámica del imaginario va a fundar, con base en una subjetividad que se define en un contexto socio-histórico dado, la elaboración de una visión del Otro marcada por significados e interpretaciones que van más allá de la sola constatación de la experiencia, al mismo tiempo que la integran” (Jodelet, 2007, p.

100). La autora encuentra en el concepto de “trayecto antropológico” de Durand (1981) un puente entre la TRS y la noción de imaginarios sociales, el cual, según ella, abriría nuevos horizontes en ambos campos de estudio. Durand define al imaginario como “este trayecto en el cual la representación del objeto no se deja asimilar y modelar por los imperativos pulsionales del sujeto, y en el cual recíprocamente, como lo ha mostrado Piaget magistralmente, las representaciones subjetivas se explican por las acomodaciones anteriores del sujeto al medio objetivo” (Durand, 1960, p. 38, citado en Jodelet, 2007, p. 103). No hay que olvidar que Piaget es una referencia importante en el desarrollo de las ideas de Moscovici y de Durand. Por su parte, Tunico Amancio en su análisis de los imaginarios cinematográficos de Brasil, observa cómo el cine alimenta tipologías narrativas estereotipadas sobre Brasil y los brasileños.

Los últimos tres capítulos exploran las relaciones entre representaciones sociales e imaginarios en el contexto venezolano. María Auxiliadora Banchs y Álvaro Agudo lo hacen a través de un trabajo etnográfico en la comunidad rural de San Juan de las Galdonas, ubicada en las costas del Atlántico sur. Banchs reconoce la dificultad de definir el imaginario social en el recorrido de una extensa y variada literatura que pretende asir el concepto desde diversas perspectivas, como se señaló al inicio de este capítulo. Retomando a Baczko (1984), la autora señala que:

Es en medio de este terreno despedazado, pluralizado, donde se ubican las nuevas nociones de imaginarios sociales. Se ha pasado del estudio de la imaginación o de los imaginarios concebidos en términos de facultades psicológicas, al de imaginarios sociales ‘a través de los cuales una colectividad designa su identidad, elaborando una representación de sí: marca la distribución de los roles y posiciones sociales, expresa e impone ciertas creencias comunes [...] El imaginario social es una de las fuerzas que regulan la vida colectiva’. (Baczko, 1984, p. 32, citado en Banchs, 2007, pp. 328-329).

La autora se inclina por el concepto de imaginarios sociales de Castoriadis, como herramienta analítica para estudiar los mitos, las creencias

y la memoria colectiva de los residentes originarios de San Juan de las Galdonas. Álvaro Agudo realizó un trabajo sobre la génesis socio-histórica de los imaginarios sociales de esta misma comunidad, en el contexto de proyectos modernizadores que afectan la ancestral vida tradicional de sus pobladores. En particular, observó que la construcción de la carretera que conecta al pueblo con la región y las ciudades más importantes constituyó un hito para la dinámica socioeconómica de San Juan de las Galdonas. Por último, Mireya Lozada estudia cómo las representaciones sociales de distintos actores sociales, elaboradas en el contexto de mayor polarización política en Venezuela, utilizan mitos, valores, creencias y símbolos del imaginario social. La autora se centra en el análisis de la explotación política de las poderosas imágenes que pueblan la historia venezolana, como la figura de Bolívar, para justificar acciones y posiciones de chavistas y antichavistas.

En 2006, la revista electrónica *Cultura y Representaciones Sociales*¹⁸ surgió como parte de las actividades del seminario permanente Cultura y Representaciones Sociales de la UNAM, dirigido por Gilberto Giménez desde 1998. El seminario es un espacio de reflexión teórica en las ciencias sociales en general. La revista tiene también un espíritu abierto y plural.

En la obra *Teoría y análisis de la cultura*, Gilberto Giménez (2005) ha ahondado en la relación entre cultura y representaciones sociales. Este autor concibe a la cultura como el conjunto de hechos simbólicos presentes en una sociedad. Siguiendo a Geertz (1992), Giménez propone que “lo simbólico es el mundo de las representaciones sociales materializadas en formas sensibles, también llamadas ‘formas simbólicas’, y que pueden ser expresiones, artefactos, acciones, acontecimientos y alguna cualidad o relación. [...] Lo simbólico recubre el vasto conjunto de los procesos sociales de significación y comunicación” (2005, p. 68). Para este autor, la TRS, homologable al concepto de *habitus* de Bourdieu, es una herramienta importante para el estudio de las formas interiorizadas de la cultura. “La cultura interiorizada en forma de representaciones sociales es a la vez esquema de percepción de la

18 Para ampliar información, se puede ver: <http://www.culturayrs.org.mx>

realidad, atmósfera de la comunicación intersubjetiva, cantera de la identidad social, guía orientadora de la acción y fuente de legitimación de la misma. En esto radican su eficacia propia y su importancia estratégica” (Giménez, 2005, p. 84).

Para Giménez los conceptos de cultura e identidad se encuentran estrechamente relacionados, porque “la identidad representa en cierta forma el lado subjetivo de la cultura”. Según este autor, la identidad social emerge de las representaciones sociales que tienen los actores sociales de sí mismos —como individuos y como miembros de diversos grupos— y de los otros en un contexto histórico dado. En la representación social de un “nosotros”, los grupos reconocen una serie de características, marcas y rasgos compartidos, así como una memoria colectiva común. Estos rasgos derivan de la interiorización de repertorios culturales por parte de los actores sociales.

En 2010 fue creada la Red Nacional de Investigadores en Representaciones Sociales (RENIRS)¹⁹ y el Centro Mexicano para el Estudio de Representaciones Sociales (CEMERS), con sede en el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Autónoma de Nuevo León, bajo la coordinación de la profesora Estela Ortega. La RENIRS convoca a estudiosos de las representaciones sociales en México, con la finalidad de intercambiar conocimientos en este campo. Desde 2011, los miembros de la red organizan el Coloquio Nacional sobre Representaciones Sociales cada dos años. Estos eventos han sido espacios de discusión entre investigadores de diversas disciplinas, provenientes de distintas universidades del país. El número de participantes se ha incrementado entre el primer y el tercer coloquio. La red se está convirtiendo en una plataforma de comunicación y de consulta para las personas interesadas en las RS.

19 Los miembros fundadores de la red fueron: Estela Ortega (UNAL), Javier Uribe (UAMI), Silvia Valencia (UdeG), Silvia Gutiérrez (UAMX), Eulogio Romero (BUAP) y Martha de Alba (UAMI). Disponible en: <http://www.renirs-cemers-mexico.org/>.

El estado del arte de RS en revistas mexicanas

Actualmente, el campo de estudios sobre representaciones sociales es bastante más amplio que en la década de los años setenta. Ello sugiere que la TRS se ha convertido en un referente teórico útil para comprender diversos temas y problemáticas sociales que aquejan a la sociedad mexicana.

Palacios (2009) realizó un análisis de la literatura sobre representaciones sociales (23 artículos) publicada en revistas mexicanas, indexadas según los requerimientos de revistas de excelencia de CONACYT entre 1994 y 2007. Encontró que las publicaciones aumentaron a partir del año 2000; con un predominio de artículos de investigación empírica. En la mayoría de los trabajos los autores adoptan una aproximación cualitativa de investigación. La autora observa que, aunque en ellos se use la TRS de Moscovici como principal referente, el concepto de representaciones sociales es definido de forma vaga, como sinónimo de otros conceptos afines, como imaginarios, construccionismo social, percepción, imagen, entre otros. Rara vez los autores adoptan una postura frente a las distintas perspectivas en que se ha desarrollado la TRS. Los campos disciplinarios en los que más se aplica la TRS son la historia, la sociología, la antropología, las ciencias de la educación, de la cultura y de la comunicación. Los temas predominantes entre 1994 y 2007 fueron la educación y género, seguidos por espacios urbanos y la reflexión teórica en torno a la TRS. Otros temas con menor frecuencia fueron: racismo, migración, jóvenes, salud y cultura.

En una tónica similar a la de Palacios (2009), realizamos un análisis sobre la literatura sobre RS publicada en revistas mexicanas (indexadas o no), usando el motor de búsqueda Redalyc, con la finalidad de observar la manera en que la TRS está siendo utilizada en México en el contexto histórico-cultural del siglo XXI. Redalyc arrojó un total de 251 artículos publicados entre el año 2000 y 2017.

El análisis de las 251 publicaciones no pretende ser exhaustivo ni representativo del total de la producción sobre la TRS. Su propósito es dar un panorama general del estado de la cuestión en México, con la finalidad de observar el alcance que tiene esta teoría en el país, tanto en lo que concierne a la investigación aplicada, como a la reflexión

teórico-metodológica. De forma general, nos interesa conocer en qué contribuye la TRS a la comprensión de la realidad mexicana contemporánea. Por limitaciones de espacio, no incluiremos la totalidad de las 251 referencias consultadas, solo haremos mención de algunas de ellas. El lector interesado en los distintos temas, puede consultar la bibliografía completa en las páginas web de la RIIR²⁰ y de la RENIRS.²¹

Tomando a los temas u objetos de representación como eje analítico principal, observamos que las investigaciones se centran en torno a problemáticas sociales que afectan a la sociedad mexicana en la actualidad. En la mayoría de los casos, las representaciones sociales constituyen el marco conceptual que permite mirar el fenómeno estudiado, a través de los métodos comunes de las ciencias sociales —entrevista, cuestionario, etnografía, y demás—.

Algunas diferencias con respecto al análisis elaborado por Palacios (2009) se relacionan con el incremento de la cantidad de referencias encontradas entre los años 2000 y 2017, así como una ampliación de temas de estudio. Educación, género, espacio, reflexión teórica, salud, cultura, migración y jóvenes, fueron temas que también encontramos en nuestro análisis. Se agregan otros como política, trabajo asalariado, desigualdad y vulnerabilidad social, medio ambiente, medios de comunicación, violencia y narcotráfico, así como la aplicación de la TRS en el campo de las ciencias “duras”. A continuación presentamos los contenidos y las características de las publicaciones en cada uno de estos rubros, como lo hicimos para el recorrido del estado del arte sobre imaginarios sociales. Trataremos de identificar autores que puedan ser dominantes en los distintos campos de estudio, por medio de la cantidad de artículos que han publicado en cada tema. Daremos mayor espacio a los temas que reúnen una mayor cantidad de artículos: reflexión teórica, educación, espacios y territorios.

20 Para mayor información consultar en: <https://imaginariosyrepresentaciones.wordpress.com>

21 Se puede ampliar en: <http://www.renirs-cemers-mexico.org/>.

1) Del total de las publicaciones sobre representaciones sociales de nuestra base, 60 corresponden a artículos de reflexión teórica. Los autores de la mitad de ellos analizan la pertinencia o el alcance de la TRS en un campo disciplinario específico —espacios y territorios, género, educación, entre otros— por lo que fueron clasificados en cada uno de los rubros temáticos que abordan. La otra mitad de las publicaciones de reflexión alimentan la discusión epistemológica sobre la TRS o sobre su relación con otros constructos teóricos. A continuación hablaremos de los contenidos de estos 30 trabajos de corte principalmente teórico.

Encontramos traducciones de artículos relevantes en el campo de las RS en varias revistas mexicanas. Mencionaremos las que aparecen en nuestra base de referencias. En el artículo “Precondiciones para la explicación en psicología social”, Moscovici (1989) reivindica el estatus de la psicología social como una ciencia social autónoma, la cual mantiene cierta continuidad con otras ciencias sociales y humanas, particularmente con la antropología. Para el autor, la psicología social es el locus en el que se expresa la continuidad entre lo individual y lo colectivo, su objetivo es dilucidar qué causa el conflicto entre el individuo y la sociedad, cómo los individuos se integran a la sociedad y cómo la transforman. Las representaciones sociales que se expresan en el lenguaje, los mitos, la religión, las creencias y las ideologías, que surgen en cada cultura, son un objeto de estudio común a la psicología social y a otras ciencias sociales. El estudio de estos fenómenos es importante porque son, de acuerdo con Moscovici “ingredientes necesarios de los lazos sociales y de las acciones colectivas. Operan como requisito primordial de toda forma de transformación e intercambio entre los individuos” (1989, p. 23).

En el artículo “La conciencia social y su historia” (2001), Moscovici analiza la manera en que el concepto de representaciones colectivas, de Durkheim, tuvo un impacto importante en el desarrollo de las ideas de Piaget y Vigotski. El autor reconoce, a su vez, la influencia que tuvieron estos dos pensadores en el planteamiento de la TRS.

Michel-Louis Rouquette (2010), quien trabajó en estrecha colaboración con el grupo de investigadores de Aix-en Provence, realiza una revisión del estado del arte de la TRS entre 1985 y 2009. Este autor sugiere que la TRS ha tenido su mayor auge desde la década de los años

noventa, debido a su internacionalización, a la intensificación de su producción, y a la extensión de sus aplicaciones e innovaciones. Los logros de la TRS durante los últimos 25 años han consistido en “haber puesto en evidencia de forma empírica la articulación entre lo individual y lo colectivo [...]; la demostración de que existe una organización estructurada del pensamiento social [...], y su gran plasticidad desde el punto de vista metodológico” (Rouquette, 2010, pp. 136-137). El autor se pregunta si la amplia difusión y aplicación de la TRS en diversos campos y a una gran cantidad de temas, pondría en riesgo su grado de precisión teórica.

En el artículo “El movimiento de retorno al sujeto y el enfoque de las representaciones sociales”, Denise Jodelet (2008) propone un modelo tridimensional para analizar el papel que juega el sujeto en la construcción de RS. Establece que las RS pertenecen a tres esferas simultáneamente: la subjetividad, la intersubjetividad y la trans-subjetividad. Las RS son construidas por el sujeto en el marco de su experiencia fenomenológica de forma activa, inteligente y emocional; “La esfera de la intersubjetividad remite a situaciones que, en un contexto determinado, contribuyen a establecer representaciones elaboradas en la interacción entre sujetos, especialmente las elaboraciones negociadas y producidas en común a través de la comunicación verbal directa” (Jodelet, 2008). La esfera de la trans-subjetividad se refiere al contexto histórico-cultural que es el escenario de la subjetividad y de la intersubjetividad, y que dota a los individuos de repertorios culturales que les permiten construir significados compartidos. Retoma la noción de horizonte, proveniente de la fenomenología, como método de análisis de las representaciones sociales en las tres esferas propuestas.

Aparte de la publicación de traducciones de artículos sobre RS, encontramos publicaciones que centran la reflexión sobre aspectos epistemológicos de la TRS; sobre la relación posible con otros campos o teorías, como la memoria colectiva, la perspectiva bourdieusiana, el discurso y el construccionismo social. Algunos artículos contribuyen a la discusión sobre aspectos metodológicos en el estudio de las RS.

2) Desde hace casi treinta años la TRS se ha usado en las investigaciones sobre educación, las cuales versan sobre aspectos variados: el contexto

político-administrativo de la educación en México —políticas educativas, modernización y reforma del sistema educativo, evaluación, entre otros—, el aprendizaje y los contenidos —aprovechamiento escolar, contenidos ideológicos, uso de nuevas tecnologías, oferta académica—, los actores sociales involucrados en el sistema educativo —docentes, estudiantes, administrativos, padres de familia, y demás— y su contexto sociocultural, en todos los niveles educativos —desde pre-escolar hasta universidad—. Los temas estudiados a nivel universitario giran en torno a las representaciones sociales de la formación profesional o de la carrera, de las formas de aprendizaje, de la oferta educativa, del uso de la tecnología, de la educación privada, entre otros. Las investigaciones realizadas en el contexto de la educación básica tratan temas como sexualidad, la familia, la violencia, la inclusión escolar, el aprovechamiento de los alumnos, el concepto de la “buena escuela”, del tipo de contenidos de la educación básica, y de la reforma educativa.

Los autores que tienen mayor cantidad de publicaciones en la base de 251 artículos son: Jazmín Cuevas, Juan Manuel Piña, Olivia Mireles y Patricia Covarrubias. Los primeros tres autores combinan publicaciones basadas en resultados de investigación empírica y artículos de reflexión teórica.

Cuevas y Mireles (2016) observan que, desde la década de 1990, se ha utilizado la TRS para realizar estudios en el campo de la educación en México, con el propósito de “analizar el pensamiento de sentido común de los sujetos educativos y las prácticas que despliegan en relación con la institución escolar” (p. 66). Las autoras analizan la producción académica en torno a RS y educación durante el periodo de 1995 a 2015. Su estudio abarca no solo artículos de revistas, sino libros, capítulos de libros, memorias de congresos, y otros. Del total de 141 trabajos compilados, más de la mitad se realizaron entre 2009 y 2015, lo que ratifica la tendencia general hacia el incremento de investigadores que usan la TRS en México. En un estudio previo, Piña y Cuevas (2004) habían observado que las RS constituyen “una vía para conocer el interior de las instituciones escolares y el sentido que le asignan los sujetos educativos a sus prácticas y procesos” (citado en Cuevas y Mireles, 2016, p. 69). La producción académica sobre RS y educación se encuentra centralizada en instituciones públicas de educación superior

de la zona metropolitana de la Ciudad de México, principalmente en la UNAM. Los principales temas tratados en estas investigaciones son: prácticas docentes, política educativa, educación ambiental, instituciones escolares, formación e identidad profesional. La mayoría de ellas son trabajos empíricos basados en metodologías cualitativas —entrevistas, cuestionarios, asociaciones de palabras, entre otras— aplicadas en contextos escolares y a agentes del sistema educativo, como profesores, alumnos y autoridades educativas. Existe un predominio de investigaciones sobre temas concernientes a la educación superior.

Mireles (2010) evalúa los alcances y limitaciones de la TRS en el campo de la educación. Señala que, a pesar de las críticas que ha recibido, “la teoría de las representaciones sociales constituye un recurso valioso para entender las formas y los contenidos de las construcciones colectivas; es una teoría que ofrece la oportunidad de trascender el determinismo social, al comprender el punto de vista de los actores educativos en sus contextos social, histórico y cultural” (p. 1). La autora indica que en el ámbito educativo la TRS es pertinente debido a su perspectiva interdisciplinaria, a su riqueza conceptual y a sus recursos metodológicos.

3) La TRS se ha aplicado cada vez más al campo de los estudios urbanos y territoriales a lo largo de las últimas dos décadas. En este rubro encontramos dos grandes tipos de investigaciones. Por un lado, aquellas en las que el objeto de representación es un lugar geográfico de distintas dimensiones: un barrio, un sector, una ciudad, un país, o un continente. Estos lugares son estudiados por su especial significado para ciertas poblaciones o actores sociales, por su interés patrimonial o político. Encontramos trabajos sobre ciudades como México y Buenos Aires, sobre el Centro Histórico de la Ciudad de México, pueblos mágicos como Huasca, parques urbanos o sitios turísticos como Huatulco. Los espacios fronterizos son objeto de representación en estudios sobre Tijuana y Guatemala. También se encuentran trabajos sobre barrios o sectores urbanos que tienen una dinámica sociopolítica particular o que están sufriendo transformaciones importantes.

Por otro lado, existen investigaciones que estudian fenómenos estrechamente relacionados con el espacio urbano o el territorio como

objeto de representación: el comercio ambulante o de calle, las prácticas de consumo características de un sitio, la inseguridad, los medios de comunicación, el efecto del performance artístico en la transformación de los lugares, o las prácticas clientelares para la apropiación de los espacios. Otros estudios abordan la memoria social anclada en el territorio, la identidad territorial, el envejecimiento en la ciudad, la gentrificación y redensificación de zonas urbanas, y el fenómeno de la globalización como detonador de transformaciones significativas en la vida urbana.

Las metodologías utilizadas en estas investigaciones comprenden entrevistas y cuestionarios aplicados a distintos actores sociales; el uso de dibujos, fotografía, observaciones de campo o etnográficas, análisis de documentos —oficiales o de prensa—, de video y del discurso literario.

Los autores que han publicado sobre representaciones sociales y espacio son variados y provienen de diversas disciplinas. Martha de Alba González es quien presenta mayor cantidad de artículos en este campo. Esta autora recomienda el uso de la TRS para estudiar la relación territorio-sociedad porque considera que esta teoría permite comprender los significados de los lugares en función de la identidad social del o de los actores que ocupan distintas posiciones en la estructura social. El estudio del espacio como objeto de representación social involucra el conocimiento de los rasgos esenciales del territorio analizado, así como de los sujetos individuales o sociales que elaboran tal representación, de acuerdo a la relación que mantiene con este —sus formas de ocupación, su estatus legal con respecto al espacio, y otros—, en un contexto histórico y cultural determinado. A través de métodos cualitativos, como entrevistas a profundidad, análisis de documentos —oficiales y de prensa—, recorridos de campo, la fotografía y dibujos de mapas mentales, Martha de Alba ha estudiado las representaciones sociales de la Ciudad de México y de su Centro Histórico, así como los procesos de envejecimiento en la zona metropolitana.

4) La perspectiva de género se mantiene en el centro de las preocupaciones de las investigadoras consagradas a estudios de representaciones

sociales. Los artículos sobre esta temática versan sobre la violencia de género que se expresa en la familia, en el ambiente laboral, académico o de la salud. Varias investigaciones se centran en visibilizar las representaciones sociales que en estos ámbitos generan violencia obstétrica, aquellas que minan los derechos de las mujeres o justifican relaciones de poder en la pareja y en la familia. Otras investigaciones evidencian las representaciones de género que vehiculan los programas televisivos, o aquellas que se expresan en bromas y chistes que forman parte de la comunicación cotidiana. En algunos estudios se observa en qué medida la educación superior modifica las representaciones de género. Encontramos también publicaciones de corte histórico, en las que se observan las representaciones de la mujer en obras literarias o trabajos periodísticos en siglos pasados en Hispanoamérica, o en épocas más recientes —década de los años sesenta—. Algunos artículos tratan sobre la identidad de género, la maternidad y la construcción de la masculinidad. Fátima Flores Palacios es una de las investigadoras que tiene mayores publicaciones en este campo.

5) La TRS es usada en varios artículos relativos al campo de la salud, para analizar la manera en que los pacientes, los cuidadores, el personal médico y los familiares, imaginan y explican diferentes tipos de padecimientos —enfermedades renales, diabetes, VIH-SIDA, entre otros—. Otros artículos tratan sobre las representaciones sociales relacionadas con hábitos de consumo alimenticio, de tabaco o de drogas. Algunas investigaciones abordan problemáticas sociales relacionadas con la salud, como el suicidio, la planificación familiar, discriminación —relación médico-paciente o institución-paciente— y la representación social de la medicina y la psicología.

Flores es también una de las autoras con mayor producción en este campo. Como lo mencionamos antes, la autora ha abordado, junto con otros investigadores, temas relacionados con la salud, género y sexualidad: las representaciones sociales de los jóvenes frente al VIH-SIDA, las que se construyen sobre la medicina alternativa y la salud mental.

6) La mayoría de los artículos relacionados con el tema de la cultura tratan sobre la construcción de la identidad social —nacional, regional

o grupal—, elaborada a partir de las representaciones sociales de los grupos indígenas, de las raíces prehispánicas y de los discursos hegemónicos de ciertos grupos en oposición a otros. Tales representaciones se observan en expresiones culturales como el cine, la literatura y las narrativas del sentido común.

Giménez (2005), distingue dos formas de la cultura, una subjetiva, interiorizada como matriz de significados; otra objetiva, materializada en productos culturales. El cine y el vídeo son, de acuerdo con esta clasificación, formas objetivadas de la cultura, que vehiculan representaciones sociales que organizan el sentido y el significado de las imágenes proyectadas y de la narrativa fílmica. Varios artículos tratan sobre las representaciones sociales del algún tema tratado en el cine (España en el cine de Almodóvar), otros se enfocan en el estudio de las representaciones sociales que la audiencia construye para dar sentido a la experiencia estética generada por una película (Jodelet, 2016; Casillas y Dorantes, 2016). Cabe mencionar que estos dos últimos artículos presentan avances de una investigación internacional sobre las representaciones sociales formadas a partir de la visualización de una síntesis de la Trilogía Qatsi, una serie de tres películas del género experimental-documental, co-dirigidas por Reggio y el músico Glass, basadas en una combinación de imágenes y música, sin narrativa verbal.

7) La TRS se aplica al campo de la política de distintas formas. Algunos artículos analizan la manera en que un concepto abstracto, como democracia, derechos humanos o ciudadanía, es representado por diversos actores sociales. Otras publicaciones se centran en visibilizar y analizar las representaciones sociales que tienen distintos grupos o actores sociales presentes en la arena política. Por ejemplo, las representaciones que sustentan en la polarización política en Venezuela, o aquellas que constituyen el motor de los movimientos sociales y de la militancia. También encontramos publicaciones que estudian las representaciones sociales de grupos, eventos o personajes —violencia política en la prensa, minimización de conflictos sociales, imagen del presidente de México Enrique Peña Nieto— que los medios de comunicación transmiten.

Algunos autores estudian la dinámica de representaciones sociales visibles en los juegos de poder entre grupos o instituciones que luchan por imponer una visión de los acontecimientos presentes y pasados. Ciertas investigaciones analizan los usos políticos del pasado en los libros de texto o en distintas versiones antagónicas de la historia.

Reyes (2001) elabora una reflexión teórica sobre el potencial de la TRS como herramienta de análisis de lo político en las sociedades occidentales contemporáneas. Michel Louis Rouquette recurre a la TRS y a la psicología de las minorías activas de Moscovici (1974) para proponer un modelo de análisis de la acción política, a partir de las categorías de ciudadano pensante, ciudadano pensado y ciudadano actor (Rouquette, 2005).

8) Dos de los grandes temas que aquejan a nuestra sociedad son la desigualdad y vulnerabilidad social. Varios autores abordan el problema de la pobreza desde la perspectiva de las representaciones sociales, a partir del estudio de la manera en que “los pobres” conciben la pobreza, o en que esta es representada en los discursos oficiales. En el artículo “El ‘lugar’ de los pobres: espacio, representaciones sociales y estigmas en la ciudad de México”, María Cristina Bayón (2012), explora las representaciones sociales de la pobreza que construyen los pobladores de uno de los sectores más desfavorecidos de Chimalhuacán. Se apoya en la TRS y en otros conceptos para construir el andamiaje teórico de una sociología de la pobreza en la periferia de la Ciudad de México (Bayón, 2013). María Estela Ortega (2006) presenta resultados de una investigación internacional sobre las representaciones sociales de la pobreza que tienen sujetos sociales con diferente grado de implicación o de compromiso político con respecto a las desigualdades sociales, radicados en México, Rumania, Francia e Italia.

En estrecha relación con el tema de la pobreza, algunos artículos tratan sobre las condiciones de sectores vulnerables, al estudiar las representaciones sociales de las personas en situación de calle, de los menores que trabajan o viven en la calle, de la prostitución y de las condiciones de vida de los ancianos.

9) Los artículos sobre migración abordan básicamente dos tipos de procesos migratorios. Algunos autores centran su atención en los intercambios o “choques” culturales entre migrantes latinoamericanos y la población receptora en Estados Unidos y Canadá. Responden a interrogantes sobre cómo se construyen las representaciones sociales del otro en función de categorías de edad y género; qué significa ser migrante indígena en un condado norteamericano, cómo se vive el proceso migratorio de forma temporal y no permanente, cuál es la condición de vulnerabilidad del migrante en estos países; cómo se visibiliza el estigma y la discriminación social hacia los migrantes latinos, en la interacción cotidiana o en los medios de comunicación.

Otra vertiente de estudios sobre representaciones sociales y migración se ocupa de los procesos migratorios en Centro y Sudamérica, abordando los casos de las mujeres bolivianas en Argentina, o la discriminación y racismo hacia migrantes centroamericanos en la frontera entre México y Guatemala. Algunos autores se han ocupado del estudio de las representaciones sociales de la migración en comunidades mexicanas “expulsoras” de migrantes hacia Norteamérica.

10) Existen varias las publicaciones sobre las representaciones sociales en torno a distintas actividades laborales, que tratan sobre: la forma en que se concibe el trabajo en el contexto de la globalización y de la acelerada tecnologización del mundo; las representaciones sociales en juego en condiciones de explotación laboral en los casos del trabajo infantil, de las personas obreras en las maquiladoras, y de las trabajadoras domésticas, aquellas representaciones presentes en las trayectorias laborales, o las que dan sentido a la actividad en los sectores agropecuario y petrolero.

11) Jodelet (2005) resalta la importancia de analizar la noción de medio ambiente, así como la multiplicidad y variedad de fenómenos contenidos en ella, a través de la TRS. Argumenta que esta aproximación teórica permite abordar los temas relacionados con el medio ambiente desde la mirada que de ellos tienen diversos actores sociales involucrados en sus problemáticas. Las publicaciones mexicanas sobre medio ambiente —recursos naturales, cambio climático, ideología “verde”,

entre otras— que adoptan la perspectiva de la TRS, analizan aspectos subjetivos y culturales de la relación que distintos actores sociales mantienen con el entorno natural o que actúan frente a problemáticas que ponen en riesgo la sustentabilidad ambiental. Raúl Calixto (2008) ha estudiado las representaciones sociales de los conceptos de medio ambiente y sustentabilidad que circulan en la esfera social como un asunto vital para el futuro del planeta, pero que carecen de precisión conceptual. En este contexto de peligro y riesgo ambiental, María Elena Figueroa (2013) analiza las representaciones sociales del futuro en redes de género y medio ambiente.

12) La TRS tiene una estrecha relación con los fenómenos de la comunicación, porque es a través de esta que las RS se construyen y circulan socialmente. En el artículo “Las representaciones sociales y la comunicación pragmática” (1999), Moscovici establece que la comunicación —desde la conversación hasta la de los medios masivos— es posible gracias a que los individuos o grupos comparten representaciones sociales subyacentes y pre-existentes en el campo social. Las representaciones sociales generan el contexto de la comunicación, son las presuposiciones que dan sentido a la situación y al mensaje. Tania Salazar (2009) propone que la TRS es una perspectiva útil para estudiar la comunicación como producción de sentido, tanto en sus manifestaciones mediáticas como cotidianas, por lo que se propone indagar la posibilidades de su aplicación en la investigación sobre la comunicación. La autora señala que las RS están presentes en la selección de los materiales mediáticos que serán presentados al público, y que construyen RS estereotipadas de los sujetos sociales, de los asuntos o eventos presentados en distintos medios masivos de comunicación. Aparte de los estudios sobre RS “de y en” la televisión y prensa, empiezan a emerger publicaciones sobre las representaciones sociales que se construyen a través de Internet, aunque aún son escasas en nuestra base de revistas mexicanas.

13) Desde hace décadas, México vive un clima de violencia. Una violencia estrechamente relacionada con la acción del crimen organizado y de los cárteles de la droga. Los temas de narcotráfico y violencia

emergen en el campo de las RS, tratando problemáticas de inseguridad, homicidio, consumo de drogas, cárcel, migración por seguridad, entre otros. Ovalle (2005) estudia las RS del narcotráfico en una muestra de jóvenes de Tijuana, una ciudad en que la violencia y el narcotráfico han pasado a formar parte de la cotidianeidad de sus habitantes. Los jóvenes encuestados consideran que el narcotráfico es una actividad delictiva altamente rentable, en la que es fácil involucrarse en Tijuana. La autora distingue dos tipos de RS del narcotráfico: la indiferencia —algo con lo que se convive diariamente— y la satanización —un cáncer social que corrompe todo—. Otros autores analizan los narcocorridos como una expresión de la cultura del narcotráfico (Lara, 2005).

14) A pesar de ser un país de jóvenes, el tema de los jóvenes y la juventud es incipiente en el campo de las RS en México. Los escasos artículos encontrados en nuestra base abordan las RS de la juventud y de los jóvenes por parte de actores sociales diversos, con mayor o menor implicación política. Otros textos analizan RS relacionadas con el cuerpo juvenil, el suicidio en los jóvenes, y las perspectivas de futuro para los jóvenes. En la investigación sobre RS, los jóvenes constituyen los sujetos que construyen RS de objetos de estudio diversos en el campo educativo, de género, violencia, y otros, pero no suelen ser ellos mismos objetos de representación. Este es un tema pendiente en este campo.

15) Una serie de artículos de corte histórico se abocan al análisis de las representaciones sociales producidas en el pasado y que pueden ser estudiadas en diversos dispositivos de memoria, por ejemplo: las representaciones familiares en los epitafios del siglo XIX, de los enfermos en las producciones discursivas durante el período de la revolución, o de la tierra y el tiempo en el siglo XVII. Algunos autores trabajan las narrativas sobre ciertos eventos históricos desde la perspectiva de las RS, como la representación visual de la conquista de mesoamérica, o sobre cómo se construyó la identidad de grupos religiosos en distintas regiones del país.

16) La ciencia y tecnología se han ido convirtiendo en objeto de las representaciones sociales, debido a la creciente tecnologización de la

vida cotidiana en México. Una serie de artículos abordan las representaciones sociales de la ciencia, la tecnología y la actividad científica, en contextos donde la pregunta es pertinente: contextos rurales, estudiantes de bachillerato y de licenciatura, jóvenes confrontados con los avances tecnológicos.

Desde hace casi dos décadas, la TRS ha empezado a utilizarse en investigaciones sobre la enseñanza de las matemáticas. Se aborda principalmente el tema de las RS que distintos grupos tienen de las matemáticas. Sonia Ursini señala que la TRS ofrece perspectivas y metodologías interesantes para analizar a las matemáticas en su contexto social, “dado que permite indagar cómo y por qué en las sociedades se fomenta la construcción de una percepción de las matemáticas como una disciplina fundamental para la formación de los y las ciudadanas, aunque al mismo tiempo, profundamente excluyente —muy difícil, solo para una minoría muy inteligente, más apta para hombres que para mujeres—” (Ursini, 2013, p. 124). La autora ha ahondado en las diferencias de género en la formación de representaciones sociales de las matemáticas.

Wagner y Flores (2010, p. 140) resaltan la importancia de considerar el significado social de las matemáticas en el proceso de enseñanza de las matemáticas, así como sus aspectos afectivos-emocionales. Analizan aspectos epistemológicos de la TRS que son cruciales para la discusión en torno a la construcción del conocimiento social, particularmente en lo que concierne a la utilización de este paradigma en el proceso de la enseñanza y aprendizaje de las matemáticas.

Reflexiones finales

En México, el concepto de imaginario comienza a utilizarse a fines de los años ochenta del siglo XX. En una primera etapa, encontramos una dualidad persistente: lo imaginario y lo real se oponen, son cosas diferentes; en un momento posterior, lo real y lo imaginario se nutren mutuamente, se intersectan, uno influye en lo otro, son aspectos de un todo: el mundo social. Así, es frecuente encontrar cada vez más que los conflictos de la realidad, sus luchas y sus hegemonías y dominaciones,

también están en el imaginario y no pueden separarse. Si la realidad de las prácticas nutre a los imaginarios, son los imaginarios los que configuran el terreno para esas batallas. Recientemente se ha avanzado más en esto, ya que se considera que lo real está conformado por múltiples dimensiones: lo relacional, lo material, lo imaginario y lo simbólico, por señalar solo algunas. Por lo tanto, la dualidad real/imaginario, no solo está mal planteada, sino que se desvanece: los imaginarios son reales, porque orientan la acción, condicionan, legitiman, estructuran, significan; son constructores del mundo, y por lo tanto, son *actantes*, en el sentido de que participan, inciden y forman parte de las acciones e interacciones de los sujetos.

Como parte de la plurivocidad y de una cierta ambigüedad conceptual que caracterizan a las disciplinas sociales en este inicio de siglo, encontramos en nuestra revisión de los materiales que dan sustento a este trabajo, múltiples acepciones de imaginario, y suponemos que ese hecho, lejos de denotar falta de precisión, muestra la inmensa riqueza explicativa que puede implicar el término. Asimismo, si nos guiamos por todos los ámbitos de aplicación del concepto, las redes semánticas de las que forma parte y su capacidad heurística, podemos constatar que los imaginarios son una clave explicativa imprescindible para el análisis del mundo social.

Como sabemos, el mundo social es una construcción intersubjetiva; los sujetos individuales y colectivos imaginan, proyectan, representan y actúan en el mundo; por ello, se debe considerar a la subjetividad en el estudio de los imaginarios, pero es una subjetividad situada en el tiempo y en el espacio.

En los materiales consultados, suele decirse que los imaginarios y la memoria están relacionados, que los imaginarios se relacionan con el futuro, y que la memoria se relaciona con el pasado. Pero pensamos que si bien los imaginarios tienen o pueden tener una fuerte carga aspiracional e incluso utópica, también tienen que ver con el pasado: cómo una sociedad o un grupo piensan y se imaginan el pasado, y el significado que le otorgan a ese pasado para su vida en el presente y su proyección hacia el futuro, conforman un marco de significación que influye en la identidad societal y grupal, en las formas que asume

la integración social y en las maneras de concebir su propio mundo y concebirse en él.

Si bien en México la teorización acerca de los imaginarios sociales aún no está muy desarrollada, ya que pocos investigadores se dedican específicamente a profundizar en el tema, lo que sí es evidente es que la aplicación de las teorías de los imaginarios derivadas de las obras de Castoriadis, Durand, Maffesoli, Ledrut, Baczko, Baeza y otros, es importante, ya que se encuentran muchos trabajos sobre los imaginarios en ámbitos diversos.

Lo que queda claro es la relación de los imaginarios con el poder, el control y la manipulación de los imaginarios proporcionan a los grupos dominantes un reaseguro para perpetuar su dominio. Son un vehículo para la obtención de legitimidad, y campo para las luchas por la hegemonía. A la vez, hay que reconocer que no existe en las sociedades actuales un imaginario único —los imaginarios no son cosmovisiones ni mentalidades de época—; no son ideologías, en el sentido de que pueden referirse a muchos aspectos de la vida y no solo a visiones políticas, de partido o fracción de clase. En las sociedades actuales pueden coexistir imaginarios contrapuestos, en recomposición permanente, sin que ninguno predomine sobre otro. También pudimos constatar que los imaginarios pueden tener distinto nivel de generalidad y fundamentar ámbitos diversos del mundo social: desde la identidad de una nación, a la educación, a las ideas sobre los migrantes, el significado de la pobreza o las relaciones de género.

Por otra parte, los imaginarios no tienen un referente concreto, no reflejan nada, sino que son esquemas de interpretación generales, fundantes, que se manifiestan en las representaciones sociales.

En cuanto a las representaciones sociales, observamos que, en México, la investigación sobre este concepto se ha desarrollado principalmente bajo la óptica de la TRS propuesta por Moscovici (1961, 1976). Si bien esta referencia es frecuentemente citada, no todas las investigaciones retoman cabalmente la noción propuesta por este autor. Es común encontrar una definición general que concibe a las representaciones sociales como visiones del mundo, sin necesariamente especificar su génesis, sus funciones ni sus procesos de construcción.

Una constante en las publicaciones sobre representaciones sociales en México, es que la TRS es utilizada como un marco conceptual que, en combinación con otros conceptos teóricos, permite el análisis de problemáticas sociales o de temas de actualidad en distintos campos de estudio. A veces es el elemento teórico que permite introducir la subjetividad en una problemática social compleja, inmersa en sistemas institucionales y jurídicos poco flexibles, como es el caso de la aplicación de la TRS al campo de la educación, de la salud o del trabajo asalariado “formal”. En otras investigaciones, las representaciones sociales son el concepto que, al igual que el imaginario, supone la existencia de un mundo simbólico que mueve al mundo y que subyace en las acciones y formas de pensar de diversos actores sociales.

Como hemos visto a lo largo de este capítulo, el estudio de la relación entre imaginarios y representaciones sociales ha dado lugar a importantes reflexiones. Girola (2012) se avoca a la tarea de establecer la historicidad y la temporalidad de ambos conceptos; Vergara aborda los detalles y los contornos de cada uno de ellos, para pensarlos seriamente con herramientas de análisis de procesos simbólicos social y culturalmente construidos, profundamente anclados en nuestro pasado, como individuos y como sociedades.

En el campo de las RS, imaginario social es considerado como una dimensión de las representaciones sociales, estrechamente relacionada con el proceso de objetivación. Proceso por el cual un concepto se materializa en una imagen o en un esquema figurativo comprensible, comunicable socialmente. El estudio de la imagen y de la imaginación ha sido poco estudiado en el campo de las RS, en el que se privilegia el análisis de las narrativas verbales. Sin embargo, algunas investigaciones, como las elaboradas por el grupo de trabajo sobre imaginarios latinoamericanos, se han dado a la tarea de estudiar este aspecto de las representaciones sociales. El abordaje de la dimensión imaginaria de las representaciones sociales ha sido fructífero y ha generado metodologías interesantes, aunque de difícil análisis, como es el dibujo, la fotografía, la cartografía, la literatura o el cine.

El estudio de los imaginarios sociales, desde de la perspectiva de las representaciones sociales, facilitaría el empleo de métodos para aprehender una noción difícilmente asequible, al ser definida como

el “magma de significaciones” (Castoriadis, 1985), el “trayecto antropológico” (Durand, 1981) o el sistema de significados y sentidos que estructuran la visión del mundo. Definirlo en términos de un tipo de conocimiento que cruza las esferas de la subjetividad, la intersubjetividad y la transubjetividad (Jodelet, 2008), permitiría observar los imaginarios que permean representaciones sociales de sujetos y objetos elaborados en contextos culturales e históricos específicos o de interés para el investigador. Observar los imaginarios sociales a partir de una clarificación del o de los imaginarios a investigar, en respuesta a la pregunta ¿quién construye imaginarios de qué?, ayudaría a delimitar los campos sociales en que el estudio de tales imaginarios cobra sentido. En fin, no olvidamos que cada investigación representa un reto teórico y metodológico para los investigadores que han emprendido el arduo camino del análisis de los mundos simbólicos de las sociedades contemporáneas. La discusión sobre la relación entre imaginarios y representaciones sociales no se agota aquí, sigue siendo un proyecto abierto, que promete interesantes resultados.

Para concluir, invitamos al lector a consultar la extensa literatura revisada para la construcción de este capítulo, en las páginas de la RIIS y de la RENIRS, y que por limitaciones de espacio fue imposible incluir en este libro.²²

Referencias bibliográficas sobre imaginarios sociales

- AA. VV. (2014) "Imaginaries, Representations and Social Memories" en *Papers on Social Representations*, vol. 23.
- Báez-Jorge, F. y Gómez Martínez, A. (2000). Los equilibrios del cielo y de la tierra. Cosmovisión de los nahuas de Chicontepec. *Desacatos*, 5 (invierno):

22 Pedimos disculpas por anticipado a todos los autores con investigaciones y trabajos publicados que no hemos citado aquí, situación que no hemos buscado por ignorar sus aportes sino porque citarlos a todos era materialmente imposible.

- 79-93. En línea. Recuperado de: <http://desacatos.ciesas.edu.mx/index.php/Desacatos/article/view/1223/1071>
- Baczko, B. (1991). *Los imaginarios Sociales. Memorias y esperanzas colectivas*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Nueva Visión.
- Barabas, A. M. (2000). La construcción del indio como bárbaro: de la etnografía al indigenismo. *Alteridades*, 10 (19): 9-20. En línea. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=74701902>.
- Barba Solano, C. (2009). Los estudios sobre la pobreza en América Latina. *Revista Mexicana de Sociología*, 71 (diciembre): 9-49. En línea. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=32119200002>.
- Barbeta Viñas, M. (2015). El símbolo da qué pensar: esbozo para una teoría psicosociológica del simbolismo. Perspectiva cognitivo-afectiva, discurso e interpretación. *Sociológica*, 30 (85): 163-196. En línea. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=305039898006>.
- Beuchot, M. (2004) *Hermenéutica, analogía y símbolo*. México: Herder.
- Bourdieu, P. y Wacquant, L. (2001). *Respuestas por una antropología reflexiva*. Ciudad de México: Grijalbo.
- Calhoun, G. (2002). Imagining solidarity: cosmopolitanism, constitutional patriotism and the public sphere. *Public Culture*, 14 (1).
- Campos Delgado, A. (2012). La construcción del otro “del otro lado”. Imaginarios de frontera de jóvenes de Tijuana, México, y Tecún Umán, Guatemala. *Región y Sociedad*, XXIV (55): 131-158. En línea. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10224546004>.
- Campos Delgado, A. (2012). La línea “...Está ahí, es algo que se ve, pero que también se siente”: imaginarios de frontera de las juventudes “Al sur”. *Revista LiminaR. Estudios sociales y humanísticos*, VIII (2): 46-63. En línea. Recuperado de: <http://liminar.cesmecha.mx/index.php/r1/article/view/84/73>.
- Carretero Pasín, Á. E. (2001). El poder de los imaginarios sociales: Una reflexión filosófico-sociológica en torno a la legitimación de la dominación en las sociedades posmodernas. *Comunicación y sociedad*, 39 (enero-junio): 45-61. En línea. Recuperado de: http://www.comunicacionysociedad.cucsh.udg.mx/sites/default/files/a2_10.pdf.
- Carretero Pasín, Á. E. (2003). Una aproximación a la sociología de lo imaginario de Michel Maffesoli. *Sociológica*, 18 (53): 101-119. En línea. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=305026646004>.

- Castoriadis, C. (1985). *La institución imaginaria de la sociedad*. Barcelona, España: Tusquets.
- Castoriadis, C. (1993b). *La institución imaginaria de la sociedad*. Barcelona, España: Tusquets.
- Castro Merrifield, F. (2012). Gilbert Durand y el método arquetípico. *Acta Sociológica*, 57 (enero-abril): 51-64. En línea. Recuperado de: <http://www.revistas.unam.mx/index.php/ras/article/view/29756/27660>.
- Crossa, V. (2013). Defendiendo los espacios públicos del centro histórico de Coyoacán. *Alteridades*, 23 (46): 39-51. En línea. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=74730577004>
- Cuevas Hernández, A. (2010). Jefas de familia sin pareja: estigma social y autopercepción. *Estudios Sociológicos*, XXVIII (84): 753-789. En línea. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/pdf/598/59820671004.pdf>.
- Cuevas Hernández, A. J. (2013). Imaginarios del amor: Una aproximación a su construcción desde el contexto familiar y la ruptura con la pareja. *GénEros*, 13 (marzo-agosto): 43-77. En línea. Recuperado de: <http://bvirtual.ucol.mx/consultaxcategoria.php?categoria=1&id=7263>.
- De la Peña Astorga, G. (1998). Del imaginario internacional de jóvenes regiomontanos. *Comunicación y sociedad*, 33 (mayo-agosto): 119-170. En línea. Recuperado de: http://www.comunicacionysociedad.cucsh.udg.mx/sites/default/files/a4_16.pdf.
- Echeverría Victoria, M. (2013). Cultura migratoria y comunicación masiva e interpersonal en los imaginarios juveniles. *Comunicación y sociedad*, 19: 61-86. En línea. Recuperado de: <http://www.comunicacionysociedad.cucsh.udg.mx/sites/default/files/a3.pdf>.
- Garagalza Arrizabalaga, L. J. (2012). Imaginario, materia y simbolismo. *Acta Sociológica*, 57 (enero-abril): 11-31. En línea. Recuperado de: <http://www.revistas.unam.mx/index.php/ras/article/view/29751/27657>.
- García Canclini, N. (Coord.). (1998). *Cultura y comunicación en la Ciudad de México*. Ciudad de México, México: Editorial Grijalbo/ UAM Iztapalapa.
- García Canclini, N. (1999). *La globalización imaginada*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- García Canclini, N. (2003). México 2010: Una ciudad que improvisa su globalización. *Revista Alteridades*, 13 (26): 7-14. En línea. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=74702602>
- García Canclini, N. (2007). ¿Qué son los Imaginarios Urbanos y cómo actúan en las ciudades? Diálogo con Alicia Lindón. *Revista EURE*, XXXIII.

- García Canclini, N. (2003). México 2010: una ciudad que improvisa su globalización. *Alteridades*, 13 (26): 7-14. En línea. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=74702602>.
- Giménez, G. (2012). La controversia actual sobre el estatus científico de las Ciencias Sociales. *Acta Sociológica*, 58 (septiembre-diciembre): 11-32.
- Girola, L. (2007). Imaginarios socioculturales de la modernidad. Aportaciones recientes y dimensiones del análisis para la construcción de una agenda de investigación. *Sociológica*, 22 (64): 45-76. En línea. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=305024715003>
- Girola, L. (2012). Representaciones e Imaginarios sociales. Tendencias recientes en la investigación. En De la Garza Toledo, E. y Leyva, G. (Eds.). *Tratado de metodología de las ciencias sociales. Perspectivas actuales*. Ciudad de México, México: FCE, UAM-I.
- Haro, J. A. (2012). Los indios en la nueva historiografía sonoreense. *Región y sociedad*, XXIV (55): 263-275. En línea. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10224546008>.
- Hiernaux, D. (2008). De los Imaginarios a las prácticas urbanas: construyendo la ciudad del mañana. *Iztapalapa*, 64-65 (enero- diciembre): 17-38.
- Hiernaux, D. (2015). Los Imaginarios urbanos: una paroximación desde la geografía urbana y los estilos de vida. En Lindón, A. y Hiernaux, D. (Dir.). *Geografías de lo Imaginario*. Barcelona, España: Ed. Anthropos, UAM-I.
- Iturriaga Acevedo, E. (2015). La ciudad blanca de noche: las discotecas como espacios de segregación. *Alteridades*, 25 (50): 105-115. En línea. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=74743764009>.
- Jacobo Albarrán, M. L. (2007). La migración de trabajadores a Estados Unidos: contornos de una construcción de sentidos. *Cuicuilco*, 14 (40): 79-99. En línea. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=35112174005>.
- Jaramillo Puebla, N. A. (2007). Comercio y espacio público Una organización de ambulantes en la Alameda Central. *Alteridades*, 17 (34): 137-153. En línea. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=74711468010>.
- Law, J. (1992). Notes on the Theory of Actor Network: Ordering, Strategy and Heterogeneity. In Law, J. and M. Callon. (n.d.).
- Ledrut, R. (1987). Société réelle et société imaginaire. *Cahiers Internationaux de Sociologie*, 82: 41-56.

- Leetoy, S. y Lemus Delgado. (2016). Imaginarios sociales e identidades poso-coloniales en la Revolución de las Sombrillas. *Sociológica (México)*, 88 (mayo-agosto): 65-93.
- Lindón, A. (2007) Diálogo con Néstor García Canclini: ¿Qué son los imaginarios y cómo actúan en la ciudad? *EURE vol. 33, n.º 99*.
- Lindón, A. (2008b). El imaginario suburbano: los sueños diurnos y la reproducción socio espacial de la ciudad. *Revista Iztapalapa*, 64-65 (enero-diciembre): 39-62.
- Lindón, A. (2015). ¿Geografías de lo Imaginario o la dimensión imaginaria de las geografías del *Lebenswelt*? En Lindón, A. y Hiernaux, D. (n.d.).
- Lindón, A. y Hiernaux, D. (2008). Presentación: Los Imaginarios urbanos de la dominación y la resistencia. *Revista Iztapalapa*, 64-65 (enero-diciembre): 7-14.
- Lindón, A. y Hiernaux, D. (Dirs.) (2015). *Geografías de lo Imaginario*. Barcelona, España: Ed. Anthropos, UAM-I.
- López Levi, L. (2008). Tijuana: imaginarios globales, fortificaciones locales. *Sociológica*, 23 (66): 121-153. En línea. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=305024680006>.
- Martínez Terán, T. (2007). El imaginario del colonizador. *Argumentos*, 20 (53): 143-167. En línea. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=59502007>.
- Monnet, J. (1993). *La ville et son double. La parabole de México*. Paris, France: Éditions Nathan.
- Molina Hernández, J. L. (1996). Testigos de Jehová e imaginario normalista en la escuela primaria: Identidades en colisión. *Estudios Fronterizos*, 37-38 (ene-junio): 225-240. En línea. Recuperado de: <http://ref.uabc.mx/ojs/index.php/ref/article/view/325/546>.
- Moreno Murrieta, R. L. (2015). Los Imaginarios de la Movilidad en Ciudad Juárez: El Caso de la Discapacidad Física. *Contexto. Revista de la Facultad de Arquitectura de la Universidad Autónoma de Nuevo León*, IX (10): 69-86. En línea. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=353638808008>.
- Narváez Tijerina, A. B. (2011). El imaginario urbano eurocéntrico y la anti-ciudad utópica de Wright. *Contexto. Revista de la Facultad de Arquitectura de la Universidad Autónoma de Nuevo León*, V (5): 65-80. En línea. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=353632025005>.

- Narváez Tijerina, A. (2008). La ciudad red y la utopía: el surgimiento de un Imaginario hegemónico. *Revista Iztapalapa*, 64-65: pp.63-91.
- Oropeza, M. (2004). Un barrio a la carta. Un ensayo sobre estilos de vida y ciudad. *Estudios Sociológicos*, XXII (3): 701-718. En línea. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=59806607>.
- Reyes Ventura, A. (2012). Roger Caillois y Gaston Bachelard: Acercamientos a lo imaginario. *Acta Sociológica*, 57 (enero-abril): 65-79. En línea. Recuperado de: <http://www.revistas.unam.mx/index.php/ras/article/view/29758/27662>.
- Rosas Mantecón, A. (1996): La ciudad de los migrantes. El cine y la construcción de los imaginarios urbanos. *Perfiles Latinoamericanos*, 5 (9): 117-131. En línea. Recuperado de: http://www.flacso.edu.mx/publicaciones/revista_perfiles/La-ciudad-de-los-migrantes-El-cine-y-la-construccion-de-los.
- Serret, E. (2009). La conformación reflexiva de las identidades trans. *Sociológica*, 24 (69): 79-100. En línea. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=305024672005>.
- Silva Escobar, J. P. (2011). La Época de Oro del cine mexicano: la colonización de un imaginario social. *Culturales*, VII (13): 7-30. En línea. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=69418365002>.
- Tafoya Ledesma, E. (2012). La simbólica del buen salvaje en el imaginario romántico de Rousseau. Una Tensión entre lo natural y lo artificial. *Acta Sociológica*, 57 (enero-abril): 81-101. En línea. Recuperado de: <http://www.revistas.unam.mx/index.php/ras/article/view/29760/27664>.
- Tapia Landeros, A, y Grijalva, A. (2012). El imaginario colectivo kumiai y sus recursos naturales. *Estudios Fronterizos*, 13 (25): 131-156. En línea. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=53023332005>.
- Tejera Gaona, H. (2009). Prácticas políticas, imaginarios y ciudadanía: las disonancias entre cultura y democracia en la ciudad de México. *Revista Mexicana de Sociología*, 71 (2): 247-285. En línea. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=32118955002>.
- Vázquez Flores, E. J. (2015). El imaginario sobre el indígena en la prensa chiapaneca. Un análisis comparativo en los periódicos Tiempo y El Cuarto Poder, 1988 – 1994. *Letras Históricas*, 12 (primavera-verano): 141-167. En línea. Recuperado de: <file:///C:/Users/Yolanda/Desktop/Documents/Downloads/1781-5965-1-PB.pdf>.

- Vázquez Rodríguez y García Garza (2015). Imaginario urbano: subjetividad y socialización en la colectividad. *Contexto, Revista de la Facultad de Arquitectura de Nuevo León*, IX (10): 5-7.
- Vergara, A. (Coord.) (2001). *Imaginarios. Horizontes plurales*. Ciudad de México, México: Conaculta INAH, Escuela Nacional de Antropología e Historia.
- Vergara, A. (2015). *Horizontes teóricos de lo Imaginario. Mentalidades, representaciones sociales, imaginario, simbolismo, ideología y estética*. Ciudad de México, México: Ediciones Navarra.
- Vergara López, A. H. y Remedi, V. E. (2016). Una mirada al interior del Instituto de Biotecnología de la Universidad Nacional Autónoma de México. *Sociológica (México)* 88 (mayo-agosto): 201-234.
- Zúñiga, V. (1992). El imaginario sobre la migración internacional: El deseo de trabajar en Estados Unidos en jefes de hogar del sexo masculino en la zona metropolitana de Monterrey. Una aproximación indirecta. *Estudios Fronterizos*, 29 (septiembre-diciembre): 91-105. En línea. Recuperado de: <http://ref.uabc.mx/ojs/index.php/ref/article/view/467/693>
- Zúñiga Rodríguez, R. M. (1993). Un Imaginario alienante: la formación de maestros. *Revista Cero en Conducta*, 8 (33-34): 15-31

Referencias bibliográficas sobre representaciones sociales

- Acosta, T. (2001). La présence de Serge Moscovici au Mexique. Dans Buschini, E. et Kalampalikis, N. (Eds.). *Penser la vie, le social et la nature. Mélanges en l'honneur de Serge Moscovici*. París, France: Editions de la Maison des Sciences de l'Homme.
- Agudo, A. (2007). Imaginarios sobre el origen y el dinero de una comunidad rural venezolana. En Arruda, A. y De Alba, M. (Coords.). *Espacios imaginarios y representaciones sociales. Aportes desde Latinoamérica*. Ciudad de México, México: Anthropol. Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa.
- Alba de, M. (2007). Mapas imaginarios del Centro Histórico de la Ciudad de México: de la experiencia al imaginario urbano. En Arruda, A. y De Alba, M. (Coords.). *Espacios imaginarios y representaciones sociales*.

- Ciudad de México, México: Anthropos. Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa.
- Alba de, M. (2010). Representaciones sociales y el estudio del territorio: aportaciones desde el campo de la Psicología Social. En González, S. (Coord). *La integración de la dimensión espacial en las ciencias sociales y humanidades: Un proyecto docente interdisciplinario*. En línea. Recuperado de: <http://www.cua.uam.mx/csh/ebook/>
- Alba de, M. (Ed.). (2013). *Vejez, memoria y ciudad: Entre el derecho ciudadano y el recuerdo de la vida ciudadana en distintos contextos urbanos*. Ciudad de México, México: UAMI-Porrúa.
- Amancio, T. (2007). Imaginarios cinematográficos sobre Brasil. En Arruda, A. y De Alba, M. (Coords.). *Espacios Imaginarios y representaciones sociales. Aportes desde Latinoamérica*. Ciudad de México, México: Anthropos, Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa.
- Arruda, A. (2006). Movimientos sociales, síntomas y protagonistas de la democracia. En Valencia, S. (Ed.). *Representaciones Sociales, Alteridad, Epistemología y Movimientos Sociales*. Guadalajara, México: UdeG-MSH.
- Arruda, A. y Alba de, M. (2007). *Espacios Imaginarios y Representaciones Sociales. Aportes desde Latinoamérica*. Barcelona, España: UAMI-Anthropos.
- Arruda, A. y Ulup, L. (2007). Brasil imaginado: representaciones sociales de jóvenes universitarios. En Arruda, A. y De Alba, M. (Coords.) *Espacios imaginarios y representaciones sociales. Aportes desde Latinoamérica*. Ciudad de México, México: Anthropos, Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa.
- Baczko, B. (1984). *Les imaginaires sociaux. Mémoires et espoirs collectifs*. París, France: Payot.
- Banchs, M. A. y Valencia, S. (Ed.). (2006). *Representaciones Sociales, Alteridad, Epistemología y Movimientos Sociales*. Guadalajara, México: UdeG-MSH.
- Banchs, M. A. (2007). Entre el mar y la montaña: imaginario, creencias mágico religiosas y mitos de origen en una comunidad rural venezolana. En Arruda, A. y De Alba, M. (Coords.). *Espacios imaginarios y representaciones sociales. Aportes desde Latinoamérica*. Ciudad de México, México: Anthropos. Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa.
- Banchs M. y Lozada, M. (2006). Representaciones sociales en Venezuela: la apuesta al cambio. En Jodelet, D. y Guerrero, A. (Coords.). *Develando la cultura. Estudios en representaciones sociales*. Ciudad Universitaria, México: Universidad Nacional Autónoma de México.

- Bayón, M. C. (2012). El “lugar” de los pobres: espacio, representaciones sociales y estigmas en la ciudad de México. *Revista Mexicana de Sociología*, 74 (1): 133-166
- Bayón, M. C. (2013). Hacia una sociología de la pobreza: la relevancia de las dimensiones culturales. *Estudios Sociológicos*, XXXI (91): 87-112.
- Calixto, R. (2008). Representaciones sociales del medio ambiente. *Perfiles Educativos*, XXX (120): 33-62
- Casillas, M. A. y Dorantes, J. J. (2016). Valoraciones de los estudiantes de la Universidad Veracruzana sobre la Trilogía Qatsi. *Iztapalapa Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, 81: 115-139.
- Castoriadis, C. (1975). *La institución imaginaria de la sociedad*. Barcelona, España: Tusquets.
- Castorina, J. A. (2016). El significado del marco epistémico en la teoría de las representaciones sociales. *Cultura y representaciones sociales*, 11 (21): 79-108.
- Cuevas, Y. y Mireles, O. (2016). Representaciones sociales en la investigación educativa. Estado de la cuestión: producción, referentes y metodología. *Perfiles educativos*, XXXVIII (153): 65-83.
- De Rosa, A. (2006). ¿Por qué es importante?. Notas inspiradas en una mirada reflexiva a la teoría de las representaciones sociales. En Valencia, S. (Coord.). *Representaciones sociales. Alteridad, epistemología y movimientos sociales*. Guadalajara, México: Universidad de Guadalajara.
- Durand, G. (1981). *Las estructuras antropológicas de lo imaginario*. Madrid, España: Ediciones Taurus.
- Figueroa, M. E. (2013). Construyendo lo que viene. Representaciones sociales del futuro en la Red Género y Medio Ambiente. *Trayectorias*, 15 (36): 83-105.
- Flores, F. (2002). *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*. México: PUEG-UNAM.
- Flores, F. (2012). Representación Social y Género: una relación de sentido común. En Blazquez, N., Flores, F. y Ríos, M. (Eds.). *Investigación feminista Epistemología, metodología y representaciones sociales*. Ciudad de México, México: UNAM.
- Geertz, C. (1992). *La interpretación de las culturas*. Barcelona, España: Gedisa.
- Giménez, G. (2005). *Teoría y análisis de la cultura*. México: Conaculta-Icocult.

- Girola, L. (2011). Historicidad y temporalidad de los conceptos sociológicos. *Sociológica*, 26 (73): 13-46.
- Guerrero, A. (2007). Imágenes de América Latina y México a través de los mapas mentales. En Arruda, A. y De Alba, M. (Coords.). *Espacios imaginarios y representaciones sociales. Aportes desde Latinoamérica*. Ciudad de México, México: Anthropos. Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa.
- Gutiérrez y Cuevas. (2012). Representaciones sociales de Enrique Peña Nieto, candidato a la presidencia de México 2012-2018, en la prensa escrita. *Cultura y representaciones sociales*, 7 (13): 63-95
- Jodelet, D. y Guerrero, A. (Coords.) *Develando la cultura. Estudios en representaciones sociales*. México: Ciudad Universitaria. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Jodelet, D. (2005). Las representaciones sociales y el estudio de la relación hombre-medio ambiente. *Psic. Soc. Revista Internacional de psicología Social*, 1 (4): 27-39
- Jodelet, D. (2006). El otro, su construcción, su conocimiento. En Valencia, S. (Coord.). *Representaciones sociales. Alteridad, epistemología y movimientos sociales*. Guadalajara, México: Universidad de Guadalajara.
- Jodelet, D. (2007). Travesías Latinoamericanas: dos miras francesas sobre Brasil y México. En Arruda y De Alba, M. (Coords.) *Espacios Imaginarios y representaciones sociales. Aportes desde Latinoamérica*. Ciudad de México, México: Anthropos, Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa.
- Jodelet, D. (2008). El movimiento de retorno al sujeto y el enfoque de las representaciones sociales. *Cultura y representaciones sociales. Un espacio para el diálogo transdisciplinario*, 3 (5). En línea. Recuperado de: <http://www.culturayrs.org.mx/revista/num5/Jodelet.html>
- Jodelet, D. (2016). Sobre los operadores visuales y sonoros para compartir el pensamiento. *Iztapalapa. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, 81 (37): 95-113.
- Lara, E. (2005). El narcocorrido como representación social: Esbozo teórico para un abordaje desde la psicología social. *Revista electrónica de psicología Iztacala*, 8 (1): 57-75.
- Lozada, M. (2007). El otro es el enemigo. Representaciones e imaginarios sociales en tiempos de polarización: el caso de Venezuela. En Arruda, A. y De Alba, M. (Coords.). *Espacios imaginarios y representaciones sociales*.

- Aportes desde Latinoamérica*. Ciudad de México, México: Anthropos, Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa.
- Markova, I. (2006). Sobre las formas de interacción del reconocimiento social. En Valencia, S. (Coord.). *Representaciones sociales. Alteridad, epistemología y movimientos sociales*. Guadalajara, México: Universidad de Guadalajara.
- Mireles. (2011). Representaciones sociales: debates y atributos para el estudio de la educación. *Sinéctica, Revista Electrónica de Educación*, 36: 1-11.
- Moscovici, S. (1961). *La psychanalyse, son image et son public*. París, Francia: PUF.
- Moscovici, S. (1975). *Sociedad contra natura*. México: Siglo XXI Editores.
- Moscovici, S. (1981). *Psicología de las minorías activas*. Madrid, España: Ediciones Morata.
- Moscovici, S. (1985). *La era de las multitudes*. México: FCE.
- Moscovici, S. (1989). Precondiciones para la explicación en psicología social. *Polis*, 03 (2): 11-47
- Moscovici, S. (1999). Las representaciones sociales y la comunicación pragmática. *Polis*, 98: 205-222.
- Moscovici, S. (2001). La conciencia social y su historia. *Polis*, 99: 17-40.
- Moscovici, S. (2007). Un largo prefacio. En Arruda, A. y De Alba, M. (Eds.). *Espacios Imaginarios y Representaciones Sociales. Aportes desde Latinoamérica*. Barcelona, España: UAMI-Anthropos.
- Moscovici, S. y Acosta, T. (2006). La psicología de las minorías activas revisada: Entrevista con Serge Moscovici. *Polis*, 2 (1): 141-177.
- Moscovici, S. y Marková, I. (2006). *The making of modern social psychology. The hidden story of how an international social science was created*. Cambridge: Polity Press.
- Ortega, E. (2006). La complejidad de un rostro. Representación social de la pobreza: un estudio comparativo intercultural. *Trayectorias*, VIII (20-21): 152-162
- Ovalle, L. (2005). Entre la indiferencia y la satanización. Representaciones sociales del narcotráfico desde la perspectiva de los universitarios de Tijuana. *Culturales*, 1 (2): 63-89.
- Palacios, A. (2009). Los estudios de representaciones en las Ciencias Sociales en México: 1994-2007. *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, XV (29): 91-109.

- Pereira de Sá, C. y Arruda, A. (2002). El estudio de las representaciones sociales en Brasil. *Psic. Soc. Revista Internacional de Psicología Social*, 1 (1): 21-33.
- Piña y Cuevas. (2004). La teoría de las representaciones sociales. Su uso en la investigación educativa en México. *Perfiles educativos*, XXVI (106): 102-124.
- Prado de Souza, C. (2007). Representaciones sociales y el imaginario de la escuela. En Arruda, A. y De Alba, M. (Coords.). *Espacios Imaginarios y representaciones sociales. Aportes desde Latinoamérica*. Ciudad de México, México: Anthropos, Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa.
- Reyes, R. (2001). Representaciones sociales y pensamiento político. *ANUARIO*, 2000: 277-284
- Rodríguez Salazar, T. (2009). Sobre el potencial teórico de las representaciones sociales en el campo de la comunicación. *Comunicación y Sociedad*, 11 (enero-junio): 11-36.
- Rodríguez, T. y García, M. (2007). *Representaciones Sociales: Teoría e Investigación*. Guadalajara, México: CUCSH-UDG.
- Romero, E. (2004). *Representaciones sociales: Atisvos y cavilaciones del devenir de cuatro décadas*. Puebla: BUAP.
- Rouquette, M. (2005). Sobre una categoría específica de representaciones sociales en psicología política. *Psic.Soc.*, 4 (1): 159-166.
- Rouquette, M. (2010). La teoría de la rs hoy: esperanzas e impases en el último cuarto de siglo (1985-2009). *Polis*, 6 (1): 133-140.
- Uribe, J., Silva, I., Acosta, T. y Juárez, J. (2000). Política y Democracia. En Jodelet, D. y Guerrero, A. *Develando la cultura. Estudios en representaciones sociales*. México: Ciudad Universitaria. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Ursini, S. (2013). Las diferencias de género en Matemáticas: una realidad poco entendida desde las Representaciones Sociales. En Flores-Palacios, F. (Coord.). *Representaciones sociales y contextos de investigación con perspectiva de género*. Ciudad de México, México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Valencia, S. (2006). *Representaciones Sociales, Alteridad, Epistemología y Movimientos Sociales*. Guadalajara, México: UdeG-msh.
- Wolfgang, W. y Flores, F. (2010). Apuntes sobre la epistemología de las representaciones sociales. *Educación Matemática*, 22 (2): 139-162.